



BÚSCAME EN ÁFRICA

Blanca Álvarez



Lectulandia

A sus diez años, Rogelio no es un niño feliz. No sufre los aprietos del hambre ni las escaseces de la posguerra, como ocurre en tantas casas del pueblo, aunque le cuesta soportar el hambre de cariño y el peso de un secreto que no conoce pero que intuye. Será en el cementerio, el lugar de los muertos, donde descubrirá la alegría de vivir.

Una novela que habla de la guerra y de la posguerra, de las heridas que el rencor no deja cerrar y de la fuerza del amor que acaba superando los obstáculos.

Lectulandia

Blanca Álvarez

Búscame en África

ePub r1.0

Titivillus 27.04.2019

Blanca Álvarez, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Nadie puede explicarme exactamente qué ocurre dentro de nosotros cuando se abren de golpe las puertas tras las que se esconden los terrores de la infancia.

W. G. SEBALD. «Austerlitz»

África aún no existe para Rogelio. Pronto escuchará su nombre. Más tarde lo incluirá en el arcón de las esperanzas junto a la risa de su amada. Entre los mapas donde se cobija todo cuanto se pierde, todo cuanto se amó y casi se olvidó. Existe una ruta que conduce a los desiertos, los palmerales, los reinos perdidos, las reinas deseadas y asesinadas, los profetas de dioses brillantes, los sueños tejidos entre sedas y esmeraldas... Cartas de navegación, cartografías codiciadas: África.

El mundo conocido, los caminos de barro, los muros de la casa, el rumor del mar, la neblina permanente y esa sensación de sofoco al respirar un aire viciado por miedos sin nombre, se transformará cuando Rogelio sueñe con África. Y el dolor tendrá un sabor a risa, la de Lisseta. Aún le faltan años para llorar mansamente sobre unos versos desconocidos todavía.

*Noiva miña
Vestida de lúa...
Senteime a proa
Fumando a miña pipa
Pero outra noite pensaréi en ti.*

De momento corretea ofreciendo meriendas a cambio de abrazos, aterido de frío el corazón y sin saber qué le falta, tan sólo notando el peso de un inmenso hueco en algún lugar del alma. El amor y el dolor brillan en la noche como los colmillos de un lobo al acecho, un lobo hambriento. Mientras, la lechuza vigila y los niños duermen ignorando su acecho.

Caminamos, durante años, ignorando el abismo. Un día, tan sólo durante un segundo, sentimos nuestros pesos flotando sobre el infierno.

Rogelio sospecha que su familia guarda un secreto. Un secreto oscuro, capaz de volver mudos a quienes podrían contarlo. A los nueve años, diez dentro de apenas unos días, el mundo de los adultos puede resultar tan confuso como un libro escrito en otro idioma. Todo lo arropa el silencio como una segunda piel y todos viven su propia pesadilla sin apenas rozarse: la tía Josefina encerrada en el cuarto; un padre casi prófugo en su cuartel; un abuelo inmóvil y mudo como un lagarto seco; las confusas explicaciones de Cándida o Leal junto con las miradas hoscas y huidizas de los vecinos... Pistas que no logra descifrar.

Habita un jardín donde se siente atrapado. Un jardín donde agoniza de tristeza una princesa cuyo rostro pocas veces ha entrevisto. Un jardín donde apenas se escuchan risas y hasta los gorriones se sienten cohibidos.

La tía Josefina, encerrada tras los ventanales de dos balcones, canta extrañas canciones los domingos por la mañana; la abuela aprieta los labios y maldice entre oraciones a la hija descarriada que trata de profanar la santa misa dominical. La tía también escucha ópera en una vieja gramola y llora. Sobre todo llora y mira hacia los brumosos cielos como si esperara la llegada de alguien capaz de romper los candados de su encierro.

—¡Pobre loca! —murmura Cándida, la vieja criada, mientras le sirve la merienda—. Pobrecita —añade.

—¿La locura es contagiosa? —pregunta Rogelio.

—¡Ojalá!, que mejor loca que reseca en odios y venganzas —contesta. Después aprieta los dientes arrepentida de sus palabras porque los muros también espían.

Un nuevo enigma para Rogelio, una pista sin salida. Apenas esbozan una explicación, los adultos se esconden y hasta se santiguan como si el diablo vigilara.

—Entonces, ¿por qué no me dejan verla?

—¡Chitón!

Y no habrá más respuestas. Cándida presiente la vigilancia de la abuela a sus espaldas aun cuando escuche sus pasos y los golpes de su bastón en las habitaciones superiores. Rogelio recoge su pan con dulce de membrillo y decide compartirlo con los gorriones.

Cuando sale al patio de la casa, sobre su espalda cuelga una mirada conocida. Desde sus balcones, la tía Josefina vigila al niño que realiza dos carambolas de payaso para mantener la sonrisa de aquella loca inofensiva. Desde que tiene memoria la recuerda, gruesa pared por medio, hablándole durante largas horas de insomnio aquellas noches intranquilas de fría soledad para tranquilizar sus pesadillas, tarareándole nanas o canciones sin letra hasta saberlo dormido... Josefina es su ángel de la guarda particular, un ángel condenado a esa cárcel tan cercana.

—Desde que murió la hermana. Tu madre.

Confirma Leal, criado de espaldas cargadas, pobladas cejas que impiden ver sus ojos, tan cojo que se balancea como una lancha en mitad de la tormenta, con los pulmones atragantados y los restos de un cigarro apagado siempre pegado en el labio inferior. Acarrea estiércol en la carretilla que mantiene un extraño equilibrio entre la cojera del conductor y sus tres ruedas, mientras el calor de la carga despide un ligero vaho como aliento de vaca.

—Mi madre —murmura en letanía de oración Rogelio.

No la recuerda; nada de aquel rostro fotografiado junto a su padre el día de la boda ha permanecido grabado en su retina, en su piel... La madre, muerta por su culpa, no le ha dejado ni un resto de su perfume ni un eco de su voz.

—¡Una señora! Tan buena, tan guapa... —Y el cigarrillo de Leal tiembla un poco más.

—Cristina —murmura el chico tratando de recobrar algún sabor en su nombre.

—Como la princesa —responde Leal.

Rogelio ignora si habla de princesas reales o de alguna dibujada en los cuentos, con la mirada y la corona perdida entre las brumas de una fotografía.

—Cristina —repite Rogelio.

Se le atraganta el dulce de membrillo, por el recuerdo de la muerta y por la cercanía del regreso paterno. Apenas unos días, justo cuando cumpla diez años, el 19 de febrero —¡unos días!—, volverá al pazo, vestido de militar, con las botas relucientes, la ausencia del brazo izquierdo y la mirada perdida en un recuerdo desconocido para Rogelio.

—¡Un héroe! —repite la abuela incansable—. Ese brazo se lo dio a la patria para limpiarla de rojos y ateos. —Los ojos metálicos de la vieja miran al techo donde permanece encerrada y ajena la tía Josefina.

Y él no puede quejarse ni decir que preferiría un padre a un héroe remoto que apenas le habla pero lo mira como si no lograra distinguir el rencor de la

ternura entre los sentimientos frente al hijo.

—¿Me quiere? —ha preguntado tantas veces que carece de sentido.

—Un santo, eso es tu padre. Mejor le guardas respeto y te dejas de andar con zarandajas. —Ha escuchado como respuesta inmutable cada vez a través de los labios finos y reseco de Palmira, su abuela.

Para esa mujer arropada en lutos y rosarios, los asuntos del corazón son tonterías, guijarros peligrosos en el recto camino de la vida. Intenta adivinar, mientras sigue los pasos escorados de Leal sin escuchar sus palabras, qué sentirá la abuela por aquella hija encerrada en el cuarto, condenada a vivir tras los visillos y cuya única visita permitida es la del médico, don Tirso, una vez al mes, porque al cura se niega a recibirlo la desvaída princesa enceldada. Antes, gritaba hasta perder la voz cuando olía la sotana tras su puerta, ahora se limita a callar.

Rogelio teme que tía Josefina pierda, uno a uno, todos los sentidos, que deje de tararear canciones los domingos, de escuchar el gramófono que tanto le gusta al niño, que se vuelva ciega para no ver las paredes repetidas del cuarto... Antes, alguna vez, la escuchaba reírse, sobre todo en compañía de don Tirso; pero la alegría se ha fugado de su cuerpo escuálido.

El cura hace varias veces la señal de la cruz, en su pecho y sobre la puerta del cuarto, aunque los demonios se le resisten y por más que Rogelio ha esperado ver salir colas de dragón o llamaradas de fuego impío, nada sino el silencio responde a sus cruces sobre la madera.

Siente que le pueden resbalar las lágrimas y Rogelio no desea llorar, al menos no ante Leal, porque luego habrá de soportar las preguntas de Cándida y hasta puede que la abuela vea en él a otro loco necesitado de encierro; prefiere compartir el dulce de membrillo, amargo a estas alturas, con la joven lavandera de manos rojas y tronante risa.

Leal continúa hablando sin enterarse de su escapada, balanceando su cuerpo torpe y perfumando el camino con los excrementos de la cuadra; seguirá así hasta el huerto de berzas porque, según afirma, ningún otro abono las deja más lustrosas. Rogelio huye de Leal, de la sombra del pazo y de sus miedos buscando el lavadero de ladrillo y teja negra.

—Hola —saluda el niño ante la soledad de la mujer en el lavadero húmedo y frío—. ¿Estás sola?

—En días como hoy, sólo venimos las pobres. —Y se seca las manos en la falda oscura. A veces le sangran.

—¿Quieres? —pregunta Rogelio extendiendo el manjar ante los ojos brillantes de la lavandera.

Desaparece el pan, vigilado hasta la última migaja, el membrillo amarillo que se pega a los dedos torpes, rojos y doloridos de la mujer.

—¡Buena suerte tienes, rapaz! —pregona Lola, la lavandera, siempre hambrienta y siempre lavando ropa de la gran casona.

—Pan de trigo y membrillo... ¡Qué bueno debe de ser nadar entre dineros! —afirma Lola mientras golpea las sábanas contra la piedra del lavadero.

—Te puedo traer más.

—¿Cuándo?

—Voy a buscarlo.

Rogelio quisiera comprar afectos con pan y membrillo, pero sólo le sirve con Lola o con los niños de la escuela, aunque va poco a la escuela, que siempre encuentra excusas su abuela para impedirle el descanso de jugar con otros chicos.

—Tu padre te llevará pronto a un buen colegio, allá en La Coruña, un colegio para hijos de militares. Allí aprenderás a ser un hombre de bien, que con los piojosos de la escuela nada bueno habrás de aprender.

Retumban las palabras de la abuela como amenazas inaplazables, como piedras contra el frágil cristal de su corazón. La sombra de Palmira y su bastón vigila incluso las piedras del camino. No quiere irse. Por eso, cada vez que se anuncia el regreso del padre, teme que Cándida prepare su maleta y lo alejen de la tía Josefina, aunque ya no hable a través de la pared, aunque cada vez sean menos frecuentes sus locas canciones de los domingos y el gramófono no cuente con la compañía de su voz. Al menos ella lo acariciaba con sus palabras.

Corre de vuelta al pazo con la urgencia de una caricia sobre su rostro para no morir de ausencias.

Antes de entrar, se apoya contra el pozo e intenta recuperar el aliento. Cándida parlotea con las gallinas: es la hora de alimentar a los cerdos, las gallinas y los conejos, uno de los momentos más agradables para la criada; rodeada de animales se siente en lugar propio, aunque no podría hablarse de afecto, ni compasión: cuando les retuerce el pescuezo y las despluma para guisar mantiene el mismo gesto feliz. El hambre no permite lujos de sensibilidad, las alimenta para que le sirvan como pitanza.

—Pita, pita, pita..., bonitas, bonitas.

Rogelio ha decidido rastrear en la despensa para ofrecer un succulento regalo a Lola. Ha visto cómo la propia Cándida, cuando recoge los pesados hatillos de ropa lavada, añade a los céntimos del salario algún extra de alimento: tocino, patatas, pan...

—¡Ay, pobres, cuánta desgracia! —suspira la criada cuando ve a la muchacha alejarse contenta con la comida y los céntimos tintineando en el bolsillo de su delantal.

Rogelio nunca tiene muy claras las desgracias. Lo mismo sirven para hablar de hambres que de muertes o enfermedades, como para referirse a terribles secretos de familia, conocidos y silenciados en igual medida. La desgracia se parece al aire, está por todas partes y sólo se percibe cuando arrastra los cuerpos o levanta hojas caídas. En la casa rica donde vive todo resulta negro excepto el pan, pan amasado con esa harina blanca que llega desde el poder de su padre: el heroico capitán cuyos servicios se pagan con el maíz requisado en otros campos.

Recoge, sin reparar demasiado, todo cuanto puede caberle entre los brazos, mientras continúa la llamada de Cándida a los animales y el resto de la casa vive en el pesado mutismo siempre obligatorio a esas horas del rosario impuesto por Palmira, obsesionada con las cuentas de azabache que resbalan por sus dedos finos y engarfiados. Rogelio ha aprendido a descifrar las diferencias de los silencios: el de su abuelo es de piedra, sin asomo de vida; el de su tía, de miedo cansado, como quien ha luchado hasta perder todas las fuerzas; el de Cándida, de temeroso respeto, de animal presintiendo los palos sobre sus espaldas; el suyo, de pánico ante la posibilidad de que le arrebaten los escasos afectos, casi más inventados que reales, cedidos a cambio de pan con membrillo. El de Palmira es un mutismo de tumba.

Y de nuevo corre al lavadero, en busca de una sonrisa, con suerte, de una caricia, puede que de un beso fugaz; Lola se los da alguna vez. Llega sin aliento, feliz y con las mejillas ardiendo. Tal vez pueda comprarse el cariño con pan.

—¿Te lo ha dado Cándida? —pregunta Lola con los ojos desmesurados, limpiando en la falda la humedad de las manos para no estropear la comida.

Rogelio niega con la cabeza; los pulmones, a punto de reventar, no llevan aire a las palabras.

—Pero —Lola se tapa la boca—, bueno, no creo que tu abuela te riña por algo que a ella le sobra. —Repasa con las puntas de los dedos el trozo de hogaza, la grasa del tocino...—. ¡Ay, cómo te pareces a tu madre!

El rojo de las mejillas y la culpa brillando en los ojos de la lavandera impiden a Rogelio preguntar por aquella desconocida, su madre, cuya bondad anda en boca de todos. Luego, Lola le repasa la barbilla con sus manos torpes y deposita un beso con sabor a humedad en su mejilla derecha.

—¡Anda, vete, que tengo mucha tarea! —Y finge un enfado para evitar la emoción de algún recuerdo—. Y gracias.

Al chico le tortura la certeza de que nadie puede quererlo por haber sido quien arrojó a su madre al pozo de la muerte; tan sólo su tía mantiene gestos clandestinos de cariño, como si hasta el suyo estuviera prohibido. Coloca su mano en la mejilla para retener el calor de aquel beso y luego finge una tos áspera porque los hombres no deben emocionarse. Su abuela lo repite a diario.

Camina despacio por el sendero del monte, le corren silenciosas las lágrimas. Inevitables. De pronto, se las seca con la manga de la chaqueta, ha escuchado un llanto sin vergüenzas, sin esconderse y busca entre la maleza... Andrés llora sin recato, sorbiendo lágrimas y mocos, encogido sobre sí mismo.

—Andresiño —murmura Rogelio poniendo una mano sobre los hombros temblones—. ¿Qué pasa?

Andrés vuelve sus ojos hinchados hacia el chico de la casa grande, ese que come todos los días y tiene botas y va a la escuela cuando quiere...

—El cerdo —intenta recomponerse, tal vez si cuenta su desgracia al chico rico pueda evitar el desastre...—. El maldito cerdo...

—¿Qué?

—Que se ha comido el muro de barro y ha escapado...

Regresan los temblores y el llanto. Rogelio no entiende; los cerdos de su casa viven en un cubil de piedra...

—¿Por qué?

Andrés encoge los hombros, ¿cómo se explica la miseria a quien come a diario?

—¿Por qué se fue? —repite el chico de la casa grande, tal vez el marrano tampoco se sintiera querido.

—Por hambre, claro. —Andrés suspira—. Se come el barro del adobe por hambre y se fue para buscar algo en el monte... Pero mi madre me mata...

Regresa al llanto desolado porque ni siquiera el niño rico podrá evitar la bronca desesperada de su madre.

—No, hombre; las madres no matan. —Tan sólo se mueren, piensa, pero no lo dice.

—La mía sí —afirma contundente Andrés.

—Podemos buscarlo —propone el niño rico.

Andrés mira las botas de Rogelio, luego sus pies arañosos y descalzos, que las alpargatas se ponen el día que toca ir a la iglesia.

—Bueno, tal vez tú puedas.

Y deja el destino de su futuro en otras manos.

—Anda, vamos. —Y le pasa el brazo por el hombro descarnado.

Rogelio se siente extraño frente al resto de los niños, alguien desconocido, tal vez la larga sombra de su casona ha pintado un muro entre ellos y él. Se mira las botas sintiendo algo parecido a la culpa; calla porque lleva toda su vida sin derecho a preguntar.

—Lo mejor —trata de recuperar el aplomo frente a los lagrimones de Andrés— será volver a la pocilga y ver adonde llevan las huellas.

Como lo haría un buscador de malvados en el lejano Oeste, lo ha leído en alguna parte. Andrés calla y obedece. Ya tiene garantizado el disgusto de su madre y los empellones. La probable amenaza del hambre no logra asustarlo; no se recuerda jamás con el estómago lleno. Pero su madre tenía sueños con la venta de aquel cerdo, hablaba de un billete y un pasaje en barco, de abandonar la destartada casa por donde los vientos cruzaban a su antojo... Le duele romper el hechizo de aquel sueño.

Caminan en silencio con la concentración exclusiva de los niños sin infancia. Viven en un país donde todo, excepto el dolor y la culpa, anda prohibido.

A pocos pasos del muro destrozado, el hambriento cerdo dormita satisfecho: la excursión ha servido para esquilmar tubérculos en algún campo de ricos y ahora regresa al lugar conocido porque desconoce su futuro.

Andrés olvida el susto, la ayuda de Rogelio, los lagrimones moqueados y hace saltar su miedo, su rabia, su propia hambruna, entre insultos al marrano y patadas en su vientre satisfecho. Después, busca una cuerda y lo ata al limonero moribundo por falta de sol, por añoranza de una primavera imposible entre aquellas brumas.

—¡Ya verás cuando venga madre!

Recrimina al cochino señalando su hocico con la uña renegrida de su dedo índice, convencido de que también el animal teme las iras de la pobre viuda con las manos enrojecidas y el alma rota.

—Me voy —decide Rogelio.

—Vale.

Andrés prefiere que su madre no lo encuentre en compañía del chico del pazo, «nada bueno trae la compañía de los ricos», suele repetir a modo de amenaza soterrada.

Con la punta de sus buenas botas, Rogelio golpea piedras y raíces. En el fondo, quisiera romper aquel hechizo donde se sabe apresado, pero ni tan sólo encuentra palabras para nombrarlo.

Faltan tres días para su décimo cumpleaños. ¿Será ya la edad de ingresar en aquel colegio para hijos de militares?

—Si ella pudiera... —musita levantando la vista hasta la ventana de tía Josefina. Alguna vez escuchó sus gritos contra la abuela, «¡a él no me lo quitarás! Quieres alejarlo para que me muera, pero seguiré viva, viva y llena de odio. No consentiré que a mi niño lo lleves a ese lugar donde lo envenenarán hasta verlo como uno de los vuestros».

Lo llama «mi niño» y la escucha hablarle por las noches, con la boca apretada contra la pared que los separa, apenas si logra entender sus palabras, pero resbalan como miel sobre su soledad; sin ellas se hubiera muerto de puro desaliento. Continúa sin entender quiénes son «los vuestros», como si pertenecieran a familias diferentes, como si aquella letanía de los bandos se repitiera en su casa. Tal vez en todas las casas.

El calendario de la cocina, amarillento por los humos, señala 1947, Octavo Año Triunfal. Sobre los números un aguerrido requeté de camisa azul y boina escarlata ondea una bandera roja y amarilla. Quisiera ser ese hombre fuerte y seguro, con la mirada perdida en alguna remota batalla, las botas relucientes y la sonrisa serena. Quisiera que el 19 de ese mes fuera suprimido... Quisiera.

—Ya estás de nuevas viviendo entre musarañas. —La voz de Cándida lo sobresalta—. No, si ya lo decía mi madre: tanto lujo y tanto folgar no trae nada bueno.

Rogelio sube las escaleras, necesita abrazar la almohada, tal vez contarle lo que nadie quiere escuchar. Ante la puerta de tía Josefina se frena y acerca su frente a la madera oscura. Ignora que, en ese mismo segundo, la mujer escribe una nueva carta, de número imposible de cifrar:

Queridísimo Juan: ¡cuánto te sigo extrañando! Que los años me van poniendo enferma de soledad y habría muerto sin ti de no existir este pobre ángel desvalido que pronto cumplirá diez años. Tantos, amor mío, como los que llevo guardando tu luto...

Rogelio no percibe los silentes pasos del abuelo que, a sus espaldas, contempla la escena del niño enfebrecido y triste, apoyado sobre la puerta donde Palmira condenó a la mayor de sus hijas a la más espantosa de las muertes. Aprieta los puños y las uñas dejan marcas de sangre en las palmas de sus manos.

Los secretos dejan restos de sangre. Las mentiras pueden ser mortales.

Toda la casa anda revuelta. Todos atareados y mirando el final del camino empedrado. Todos excepto el abuelo, siempre sentado en el butacón de piel, quieto como fabricado en cera, diríase muerto si, de vez en cuando, no se levantara hasta la mesa del saloncito lindante con su cuarto para comer, si en un segundo robado a su mutismo no le hubiera sonreído. La tía Josefina ha puesto a mayor volumen aquella ópera capaz de enloquecer a la abuela y que tanto le gusta a Rogelio. De alguna manera, cuando la ópera de tía Josefina suena en el gramófono, los dos, tía y sobrino, lanzan sus quejas contra el hechizo sin nombre que los aprisiona en el pazo.

Tardará años en saber que se trata de *Lakmé* y que el dúo entre la princesa Lakmé y la esclava Malika servía como contraseña de amor entre la señorita Josefina y el maestro de escuela Juan. Pero eso lo sabrá en otro lugar, en otro tiempo, en otro jardín.

Después de que los colmillos del lobo marquen su corazón. Después de conocer el amor.

Aquella música es la única protesta contra la cual nada pueden los deseos de Palmira. Una extraña alegría penetra con sus notas en el estómago del chico. Estallan como pompas en su interior y rompen el dique de su encierro.

—¡Que suene, que suene muy alto! —murmura Rogelio deseando que no termine nunca, y todo se paralice entre las arias.

Hoy regresa el capitán Teodoro para cumplir con el ritual de asistir a todos los cumpleaños del hijo.

¿Cómo se consigue una caricia, un abrazo, un beso, del padre remoto que lo mira, revuelve su flequillo con su única mano y calla? Rogelio cambiaría cualquier cosa: el pan blanco, las botas..., incluso los murmullos nocturnos de tía Josefina, por un abrazo del padre.

Luego mira la foto de su madre y comprende que jamás podrá ser querido por el hermoso capitán, más apuesto para las mujeres, que lo miran entre suspiros, por la falta de aquel brazo regalado a la patria. Él fue la causa de su muerte. Cristina se desvaneció y la princesa olvidó la cuna del infante huérfano. Su padre no podrá perdonárselo jamás.

Tropezaba con su figura en el gran espejo del armario. Esta vez no huye, como otras, de esa estampa que se supone le pertenece. Tal vez la clave se agazapa en ella. Se mira intentando descubrir su parte monstruosa, asesina y odiosa. No encuentra la culpable deformidad, ni siquiera su rostro podría asustar a nadie.

—No soy un hombre lobo.

Rebota contra la figura del chico tembloroso la comparación. El hombre lobo, nacido humano pero condenado a ser bestia, resulta lo más parecido al diablo; vestido de andrajos y espanto, huido por los montes en busca de almas que robar después de comerse la carne de los niños. Sale a cazar insensatos en noches sin luna, cuando nadie se aventura a profanar los misterios de los robledales.

Ahora, Rogelio hace muecas a ese rostro tan hermoso para la tía Josefina, achica los ojos enormes y dorados, «como los de tu tía», afirma Cándida los días que no teme demasiado los pasos de Palmira a su espalda mientras amasa pan en la gran mesa de la cocina. ¿Quién define la fealdad capaz de convertirnos en quimeras?

Nadie le ha dicho que sólo la ausencia de amor convierte en horribles a los hombres y dibuja cicatrices en el corazón más estremecedoras que aquellas tatuadas por los tajos de una navaja.

El ruido del coche crispera la última mueca. Rogelio tiembla como el condenado ante la llegada del juez. Se acurruca en la cama deseando desaparecer.

Escucha la voz de Palmira, cantarina y autoritaria, feliz por recibir al heroico capitán, sus frases aparecen y reaparecen por entre las pausas del aria que protesta en la habitación de tía Josefina —siempre *Lakmé* para recibir al capitán—. Seguro que los ojos color plomo de la abuela andan iluminados ante la presencia de un hombre colmado de medallas, viudo de su hija pequeña, luminaria del pazo, consuelo de dolores... Teodoro, su padre, no deja oír su voz. El chico se ovilla un poco más en la cama.

—¿Estás enfermo? —Cándida abre la puerta del cuarto; hoy huele a limones y lavanda, el último regalo del héroe—. Tu padre te espera.

«Mentira», piensa Rogelio, pero se desenrosca con la cautela de un polluelo recién nacido y se levanta.

—Anda, ven, desastre. —Y las manos ásperas de Cándida recomponen la camisa arrugada—. A ver. —Y se aleja para comprobar que todo anda en orden—. ¡Hala, baja!

Y el chico encamina su tristeza hasta el gran comedor de la planta baja con la mirada vacía de un cordero.

En el frío comedor, Palmira, encajes negros y bastón con mango de plata, enhiesta como una lanza, vigila el encuentro. Rogelio camina hasta su padre y le sorprende descubrir una sonrisa.

—¡Cuánto has crecido! —Y se levanta para palmear, con el brazo salvado, la espalda del hijo.

—Un poco de cintura necesita...

El brazo en la espalda del muchacho lo empuja levemente hasta la salida. Rogelio no termina de creérselo, están saliendo del círculo de reproches iniciado por Palmira, que ahora calla, asombrada y vencida. Salen del pazo, reciben la inclinación de Leal cerca de la cuadra y siguen avanzando, sin palabras, siguiendo el sendero que lleva hasta el cementerio.

Como en un ritual, el capitán Teodoro visita la tumba de Cristina y el chico ve aumentar la distancia entre ellos; un abismo superior a aquel que separa del mundo a los muertos. La tumba está reluciente y Rogelio necesita llorar.

—Deberías haberla conocido...

El chico intenta acallar el tamborileo de su corazón para empaparse con aquellas palabras. Y aún continúa el capitán hablando, para él, para la muerta, para nadie.

—Cuando la perdí, sentí que me amputaban las ganas de vivir... Lo siento por ti —Rogelio no se atreve a levantar la mirada para no romper el hechizo de las palabras—, creo que todos hemos sido injustos contigo...

Corren los segundos y el silencio se apodera de todo, pero el chico necesita más palabras.

—¿Me llevarás a ese colegio?

—¿Quieres ir?

—No.

—Pensé que deseabas huir de tu abuela.

—Sí, pero aquí también está tía Josefina...

Se muerde el labio. Nadie habla de ella cuando el capitán los visita. Un ligero temblor recorre el brazo inexistente del héroe que se da la vuelta y se aleja de la muerta, esta vez sin despedirse. El chico queda clavado, como si a las botas les hubieran crecido anclas. De nuevo abandonado.

—Anda, ven...

Su padre se ha dado la vuelta y lo reclama. Tal vez... Avanza hasta colocarse al lado del brazo salvado esperando sentirlo posado sobre sus hombros, pero sólo el aire flota sobre su espalda como ala invisible de plomo.

—Vamos hasta la playa —propone el padre y un baile de gaviotas penetra en el estómago del chico.

No hubo más palabras hasta llegar a los guijarros grises de la abrupta cala, pero Rogelio mastica lentamente el desgarró de su padre cuando ella decidió morirse. Tal vez él no fuera responsable de su despedida, tal vez, siguiendo los incomprensibles designios adultos, ella decidió dormirse para siempre.

El mar rompe contra las rocas dejando flecos blancos que el aire lleva hasta los rostros de las dos figuras inmóviles, cada uno encerrado en su propio mutismo, en su propio dolor desesperanzado, sin lograr alcanzarse. Pasan los minutos, el tiempo sin medida.

—Bueno —Rogelio se sobresalta como si las sílabas fueran cristales rotos —, tendremos que irnos, nos esperan para comer y hoy es tu cumpleaños. Te he traído un regalo.

El regalo es un libro. *El juramento de Lagardere*, en una edición argentina. Aquel espadachín cambiará la vida de Rogelio, pero aún no lo sabe, como tampoco imagina las veces que repasará sus páginas hasta repetir las de memoria.

El chico murmura unas gracias que se pierden entre el rugido del mar. En años anteriores los regalos se entregaban a los postres, bajo la mirada de Palmira; en cambio, hoy se lo ha entregado a solas. Parece no culparlo de aquella muerte.

Hoy el abuelo está sentado en la gran mesa del comedor. Permanece quieto y mudo, pero ha bajado, incluso sonríe cuando Rogelio lo mira. Cándida se ha puesto delantal blanco y duda con la vajilla de Santa Clara entre sus manos temiendo romperla entre su torpeza y sus nervios.

Tras el café, el heroico capitán Teodoro sube al coche y desaparece de nuevo.

A Palmira le dijo que aún era pronto para llevar al chico al internado de La Coruña.

El peso de los diez años cae sobre sus hombros con la gravedad de una novela en blanco exigiendo un escriba. Desde la partida del heroico capitán Teodoro, la vida del chico gira en torno a dos rutinas: el libro de Lagardere y las escapadas con Lisseta.

El colmillo del lobo brilla entre las brumas de su tristeza y lleva grabado aquel nombre.

A Lisseta la conoció una tarde, merendando pan y membrillo sentado sobre la tumba de su madre, que había dejado de producirle miedo y culpa desde la última visita a la playa con el viudo desconsolado, para dejar sólo un rastro de pesadumbre difusa en el estómago. Ahora lee en voz alta capítulos de aquella historia de amores y espadachines impostando la voz a cada personaje.

—¡A por ellos, paso a Lagardere!

Apostada a la sombra de su espada de madera, Lisseta sonríe y contempla el tesoro de merienda abandonado sobre el mármol.

—Si no tienes hambre, podrías invitarme.

Rogelio abre la boca, aquella chica es la bella Aurora de su novela, tal como la había imaginado. Y si no fuera así, no importa demasiado porque la transforma de inmediato y la heroína huérfana de la aventura tiñe su pelo de un rojo anaranjado, los ojos se mutan hacia un verde salvaje, de río montaraz, y la boca, sí la boca, sin duda, era tan roja y radiante como la de aquella desconocida.

—Me llamo Lisseta, puedes cerrar la boca... Y creo que me autoinvito a tu merienda.

Sin pedir permiso, aquella tarde se sentó sobre la cama eterna de su madre y saboreó el membrillo y el pan con hambre legendaria. Portaba el desparpajo de los huérfanos acostumbrados a sobrevivir ocultando su miedo aterido tras la frescura de sus peticiones.

—Puedes cerrar la boca. ¿Cómo te llamas?

—Rogelio.

—¡Vaya, si tiene lengua! —Recogió unas migas perdidas en los pliegues del tosco delantal azul oscuro, lo miró de nuevo—. Ah, claro, tú eres el chico

rico del pazo. El hijo del héroe —sonó a burla en aquellos labios tan rojos.

—Perdió un brazo.

—Ya, y mi padre la vida... Y mi madre...

—No tienes madre.

—Sí que la tengo. —Y enderezó la espalda presta a la defensa, después se encogió un poco—. Se la llevaron a la cárcel.

—¿Por qué?

—Pareces tonto. ¿No sabes que soy una de las «recogidas»?

—Las del Beaterío.

—Las de la cárcel —mordió cada sílaba.

—Pero ¿puedes salir?

—Me escapo. Y prometo escaparme todas las tardes si me traes una merienda como ésta.

—Bueno.

Desde entonces, cada tarde, a eso de las cinco y media ambos acuden puntualmente a la cita, tras la carrera de la escuela al pazo, los días que le permiten ir, la recogida de merienda, ahora bien abundante —ya Cándida había comenzado a buscarle nuevas carnes por entre las flacas pantorrillas—, y la carrera al cementerio. Lisseta, aprovechando la hora de recogida antes de la cena y gateando por el pasadizo de las cuadras ahora vacías que alguien había construido, como un túnel para topos, hasta pasada la tapia del cementerio.

Acuden con la urgencia de las citas imprescindibles, con el arrebatado de peces en busca de agua para sus branquias, con la inocencia de los ángeles sin barro en las alas.

Todo cuanto habita fuera del recinto donde se cita sin palabras con Lisseta ha perdido interés. Quien más lo lamenta es Andrés, excluido del secreto por falta de invitación y por el terror que le producen los cementerios. Sobre todo «el loco» que vive agazapado entre los matojos y las tumbas a quien el niño identifica con el hombre lobo.

—Un día te comerá.

—¿Quién? —pregunta Rogelio.

—El hombre lobo, o los muertos, o esa chica...

Tal vez fue el gesto defensivo de Rogelio, tal vez la mirada dura, Andrés se repliega y calla, sintiendo el agravio del chico rico como un nuevo bofetón de la vida. Andrés, como los gatos, acumula rencores en cada palo, patada o

escupitajo recibido; vive acechando el momento propicio para morder la mano castigadora mientras ofrece el aspecto sumiso del hambriento.

Se ha quedado sin membrillo, le duele de hambre el estómago y Rogelio es incapaz de sentir como amenaza la insatisfecha gazuza de Andrés. A veces dejamos trampas a nuestras espaldas sin saberlo.

—Ya nos vemos en la escuela —se despide.

—Claro. —Y Andrés golpea con sus pies desnudos el camino.

Corre abril por los montes y andan los animales revolucionados en busca de pareja, bramando, rebufando, piando, exhibiendo plumas y soledades, en busca de una pareja para celebrar la primavera. Hoy no llueve y luce un sol que enciende los rizos de Lisseta.

—¿De dónde salió tu nombre?

—Así me llamó siempre mi madre, por más que esas brujas del Beaterío hayan decidido bautizarme como María Auxiliadora. —La boca se le retorcía con el nombre—. Algún día me escaparé. —Mira a Rogelio y calibra brevemente sus poderes—. ¿Me ayudarás?

—Cuenta conmigo. —Y se siente como aquel espadachín de nobles luchas por la justicia—. ¿Por qué estás aquí?

—Ésta es la cárcel donde traen a las huérfanas de padres desconocidos, a las hijas de rojas encarceladas y a las hijas de las mujeres de mala vida.

—¿De mala vida?

—Sí, como la Magdalena de los evangelios.

El nombre no le aclara nada al chico pero prefiere dejar para sí mismo las averiguaciones.

—Tu madre...

—Roja.

Lo dice con exacto orgullo al empleado por su abuela Palmira cuando menciona el brazo perdido del capitán.

—¿Qué son los rojos?

Esa misma pregunta, tiempo atrás, la hizo a Cándida y a Leal, sin obtener más respuesta que varias cruces sobre el pecho por parte de la criada y un ataque de tos por parte del sirviente.

—¿Tú no sabes que aquí hubo una guerra? Bueno, sí lo sabes porque tu padre es un héroe de los fascistas. —Se le ahueca la voz al pronunciarlo y restalla como una bofetada—. Bueno, pues mis padres estaban en el otro bando, ¿entiendes?, el bando de los que perdieron.

Una lágrima resbala furtiva desde el verde cristalino y tiznado con chispas marrones de sus ojos. Rogelio quiere ser mayor para abrazarla y consolarla,

para ser su caballero protector.

—¿Eso es un pecado?

—Peor.

No lo entiende, pero no quiere asustar a Lisseta. Sin embargo, aquella palabra capaz de encuadrar el heroísmo de su padre, «fascistas», retumba en algún lugar de su orfandad como un pecado. Y los pecados hacen saltar chispas del rostro amoratado del cura, y perlas de saliva que caen sobre las cabezas inclinadas de las mujeres. La chica, algunas veces, tiene reacciones extrañas, como un animalillo amedrentado sin causa concreta; teme que si continúa con las preguntas, pueda alarmarse y salir corriendo. Sobre todo porque ya se ha zampado el bocadillo.

—Yo seré un espadachín.

—Pues como no te dediques al cine...

—¿Por qué?

—Pues porque ya no existen espadachines, tonto.

—Da igual.

Tampoco se trata de que ella siempre tenga razón, aun cuando sea casi tres años mayor. Y del cine, bueno algo ha oído, pero se parece a las historias que, a veces, cuenta Cándida en la cocina: ánimas en pena, sin colores y sin olores, viviendo historias en un mundo falso y plano como sábanas secando al viento.

—Bueno, pues me voy.

—Mañana...

—No, mañana no, que es domingo y las monjas nos llevan a airearnos por el sendero de la playa.

Rogelio lo sabe. Las tardes de domingo una fila de niñas de todos los tamaños y edades abandona los muros del Beaterío, el cabello recogido con cintas negras, los delantales azules de dril bien planchados y aquel vestido de rayas, hábito de presidiarías, largo hasta casi cubrirles los tobillos; caminan de dos en dos casi siempre en silencio y sin risas. Al frente van un par monjas y, cerrando la larga fila, otras dos. Algunos domingos cantan. Alguna sólo finge cantar hasta que una de las monjas la descubre y, tras propinarle un par de bofetadas, la obliga a cantar con las demás. Entonan siempre rezos a María.

Alguna parece realmente enferma. Otras, las más chicas, llevan carita de tristeza inclusera como si se les pegara el negro de los muros a la piel. Las mayores fingen un desafío permanente mientras las últimas de la fila tratan de mantener un cierto aire de mujeres impávidas levantando las barbillas; suelen ser siempre reprendidas por el desafío de su gesto y obligadas a bajar la vista.

Las huérfanas, las hijas de los rojos y las prostitutas no tienen derecho a la dignidad, tan sólo a la sumisión agradecida.

Liseta es la más hermosa de todas. Las monjas no han encontrado el modo de borrarle la belleza del rostro y sus rizos naranja ondean como una bandera prohibida por la orilla del acantilado, recibiendo toda la sal de las olas que baten contra las rocas.

A la playa no bajan nunca.

Desde hace años, todos viven un mundo de exclusiones: palabras borradas del diccionario; nombres condenados al olvido; también lugares mal vistos porque pueden propiciar extraños pecados. Por eso Rogelio desconoce la antigua costumbre de los novios de pasear los domingos por la playa, abrazados y feroces como el mar; ignora palabras como «Libertad» o «Justicia» y jamás ha escuchado pronunciar el nombre de Juan, el maestro que enamoró a la tía Josefina.

El daño causado por los secretos, a veces, no lo cura ni la muerte y vaga como un espíritu vengativo por entre los vivos y los traidores.

—Te he traído un regalo.

—Ya sé, algo especial para comer.

Las citas en el cementerio se han convertido en diarias. Casi, porque no siempre puede Lisseta escapar de la estricta vigilancia o los frecuentes castigos en el cuarto oscuro, por respondona, por altiva, por defensora de las pequeñas, pero, sobre todo, por no pedir jamás clemencia.

—También.

Y los verdes ojos de la chica chisporrotean como una hoguera sin fuego. Rogelio ha envuelto en papel de estraza un hermoso pañolón con flores bordadas en mil colores. Imagina que perteneció a su madre, pero también está seguro de que se alegrará cuando lo vea puesto sobre los hombros de Lisseta.

Los niños esquivan la orfandad arropándose como polluelos sin nido.

—¿Tú crees que los muertos nos miran? —pregunta Rogelio antes de abrir el regalo.

—Yo estoy segura de que mi padre me protege. —Mueve la cabeza al viento para evitar la tristeza—. Y eso es bueno.

No les asusta la muerte, no temen las iras de los pobres enterrados, sino la cólera de los vivos. Ha sido una suerte encontrar un rincón propio en el cementerio donde nadie los buscará.

Cuando el jardín de tela se despliega ante ellos, los ojos de la interna se abren como mundos y sus manos acarician el bordado con mimo, para no deshacer el encanto. Después se lo coloca sobre los hombros. Un lujo sobre el torpe uniforme de niña marcada por el destino. Lisseta baila y, como los toscos zapatones le impiden volar sobre la tierra, se descalza.

Baila, salta aleteando el pañolón y los rojos rizos, manchando sus pies de barro y dejando al descubierto la blancura de sus piernas. Rogelio contempla hechizado el embrujo de las vueltas, el barro sobre la piel blanquísima, el borrón en que se transforman los bordados por efecto de la velocidad en los giros.

La felicidad se agazapaba entre las tumbas solitarias y era tan simple como aquello: ver bailar a Lisseta.

Los oscuros abetos del camposanto quisieran verse en otro lugar, custodiando vidas y amores, olvidar lágrimas y lutos, permanecer para siempre en el baile de aquellas flores bordadas que huelen a risas y cubren el marchito olor de las hortensias sobre las tumbas.

Cuando Lisseta cae, derrotada por la alegría de todo su cuerpo, tiende una mano a Rogelio hasta sentarlo a su lado, sobre el barro trabajado por sus pies. Clava sus ojos en las almendras húmedas del chico mientras acerca su aliento a la boca asombrada de Rogelio. No es sólo un beso, se funden las almas escapando por entre el vaho entrecortado de sus respiraciones.

Rogelio cierra los ojos para no permitir que aquel momento escape jamás de su memoria. Se jura que defenderá la risa y el baile de Lisseta con su vida. El espíritu de Lagardere revolotea en torno a ellos. La defenderá con su vida.

Lo cumplirá pagando el precio de otra pérdida. Pero eso sucederá en otro tiempo, en un tiempo de adioses.

Ensimismados en el descubrimiento de su primer beso, no atienden los pasos de alguien a sus espaldas hasta escuchar la voz rota por el aguardiente y el dolor:

—¿Están muertos o vivos?

Una figura que debió de ser humana en otros tiempos los examina desde el carbón enrojecido de sus ojos borrachos, oculto por la suciedad de años y una maraña de pelo que sólo permite atisbar la alucinada mirada sobre ellos. Rogelio se levanta tratando de proteger con sus brazos a Lisseta, lo ha jurado apenas unos instantes antes: con su vida si es preciso. La figura se acerca precedida por un olor tan acre que ni los efluvios de la pocilga se le pueden comparar. El pavor frena las arcadas. Tal vez Andrés tuviera razón y aquel ser casi humano fuera un hombre lobo y no una leyenda como el cine.

—¿Vivos o muertos? —repite la figura.

El temblor de Rogelio impide cualquier posible defensa. Si tuviera una espada como Lagardere, si hubiera aprendido la estocada de Nevers, si no tuviera diez años, si no corriera peligro Lisseta, si...

—Ahora despiertan los muertos...

Tiende una mano engarfiada, descarnada y mugrienta hacia ellos; tal vez les exija el alma como precio por la osadía de haberse amado en aquel lugar.

—Vienen a cobrar su deuda. ¡Malditos muertos, malditas almas penantes!

Entonces sucede algo inesperado, Lisseta ha recogido un trozo de pan blanco del hatillo donde Rogelio ha preparado la merienda de todas las tardes y lo coloca sobre la oscura mano del aparecido.

Tan sólo un trozo de pan.

Y se obra el milagro. Ellos no pudieron ver las lágrimas del hombre, pero sí cómo desaparecía, entre las greñas, aquel supremo manjar de trigo. Lisseta toma las riendas de la escena, escapa de la protección de Rogelio y se acerca al hombre sin importarle ni el hedor ni el pánico anterior.

—Tenías hambre —dice, colocando una de sus manos sobre la maraña que cubre su cabeza—. ¡Como todos!

Se acerca de nuevo hasta la merienda y la deposita en el regazo del hombre, que se ha sentado para saborear mejor las migas blancas del milagroso pan. Manzanas, membrillo y dos raciones más de pan que el hombre acaricia primero con sus manos, olfatea después y mastica con lentitud para no perderse ningún matiz del sabor.

—No puedo comer las manzanas. —Y su voz ya no retumba como una amenaza—. No tengo dientes.

—Mañana traeré algo blando —promete Rogelio sin atreverse aún a dar un paso hacia el hambriento.

—¿Quién eres? —pregunta la chica, acuclillada a su lado.

El hombre la mira, deja de masticar y la recorre desde el rojo de sus rizos hasta el barro de sus pies bailarines; después sonríe dejando ver sus encías amoratadas.

—Alguien que lleva toda una vida muerto.

—¿Por eso te escondes en el cementerio?

—Pues antes no te habíamos visto —afirma Rogelio.

—Nadie puede verme —confirma el hombre.

—Pues yo te veo. Y seguro que tienes nombre. —No se rinde la bailarina en su curiosidad.

—Antes de morir me llamaba Rubén. —Y los ojos giran en busca de ese tiempo anterior—. Pero hace tanto que casi lo había olvidado.

—Rubén —repite Rogelio.

—¿Cuándo perdiste el nombre?

A Rogelio le sorprenden las preguntas de Lisseta, rodea la herida con sus palabras para evitar el escozor de una pregunta que dañe. Lisseta, piensa el chico, es como esas hadas de los cuentos infantiles capaces de curar tan sólo con su cercanía mientras desparraman estrellitas a su paso para consolar las desgracias. El pañuelo, acomodado sobre sus hombros, parece formar parte de su esencia desde siempre, como si hubiera estado esperando el momento de lucirse sobre su verdadera dueña.

—En África.

—África —repite Lisseta, un nombre mágico para las huidas, para escabullirse del destino fijado a las acogidas en el Beaterio—. África. —Y las sílabas se tornan migas de pan en su boca al pronunciarlas.

—África —repite Rogelio.

Y siente celos de aquella palabra en la boca de la chica, la boca que le regaló su primer beso.

—África —repite Rubén cerrando el círculo del lugar donde se esconde la verdad de su muerte.

Entonces, decide pagar el pan recibido con la historia de su vida. La única epopeya real y mortal de su vida.

Los dientes del lobo vigilan la escena; callan los muertos su sabiduría prohibida y dormita la lechuza.

Yo tenía diecinueve años cuando me llevaron en un barco para combatir en un lugar remoto del cual no sabía nada. Me dieron un fusil, una cartuchera con munición, me hablaron del honor y la patria en una lengua que no lograba entender bien y me arrojaron, junto con otros tan asustados como yo, en la bodega del Gran Capitán, rumbo a la muerte.

Había una guerra en África.

Rubén dibuja con un palo las letras de aquella tierra, despacio, con la calma de quien sólo conoce algunas palabras. Barro rezumante de lluvias para acoger el nombre de un continente donde las arenas enrojecen los ojos y el sol transforma el horizonte en bruma.

Llegamos a Melilla, algunos tan enfermos de morriña y fiebres que apenas podían tenerse en pie. Yo resistía pensando en regresar. Me faltaba una vida por vivir, ni siquiera el amor había conocido. El amor me esperaba en África.

Nos enseñaron a disparar, nos entrenaban con largas caminatas por arenas sin fin. Meses más tarde yo había aprendido que mi única misión era resistir, sobrevivir y hacer lo menos posible, pero, sobre todo, fingir ser el más tonto. Si hubo héroes no los llegué a conocer, si aquello era justo, a mí tan sólo me pareció una carnicería y el honor andaba escondido tras la comida y el contrabando.

Rogelio no logra creer las palabras roncadas, cada vez más claras, como si la voz necesitase mostrarse para existir y anduviera naciendo con la historia. Claro que Rubén hablaba de guerras, como esa que lo rodeaba todo: el brazo perdido de su padre, la locura de tía Josefina y el silencio asustado de todos; las guerras nada tenían en común con las venganzas de honor donde combate Lagardere. Sí, claro, su caballero también se fingía jorobado para engañar a los traidores y salvar a la bella Aurora. Tal vez la vida fuera una larga guerra donde todos fingen algún papel. ¿Tampoco sería un héroe su padre, el capitán que regaló un brazo a la patria?

Pero en medio del infierno y las latas de sardinas estaba Imaina. Apenas una niña de ojos inmensos capaces de devorarlo todo y de iluminarlo todo. Imaina llevaba la ropa sucia del campamento y regresaba con ella limpia, guardada en cestos que apoyaba en su cadera o colocaba sobre su cabeza. ¡Caminaba como una reina! Ni sus pies descalzos ni sus pobres ropas ocultaban la realeza de sus andares. Imaina no hablaba con nadie, así que todos la imaginaban muda o boba.

Yo la seguía tratando de transformarme en sombra para no ser descubierto, ni por ella ni por el sargento o por los compañeros. Pero ella lo sabía, porque las mujeres intuyen todo aquello que desconocen los hombres; tal vez por eso y para que yo estuviera también en el secreto, hacía sonar los cascabeles de plata de sus tobillos con un ritmo de danza o se paraba fingiendo acomodar el cesto y mirar a su espalda. Alguna vez me descubrió y sonrió. ¡El mundo se volvió hermoso con su primera sonrisa!

El mundo se reducía a sus ojos, su sonrisa y el tintineo de sus ajorcas. El resto se borró como por encanto.

Rogelio mira a Lisseta, absorta con las palabras del loco muerto en África. Sus labios retienen, con avaricia, el sabor dulcísimo de los suyos. Rubén acaricia un trozo de pan entre sus manos torpes y sucias.

Pero Melilla era un infierno. Nos odiaban. Tras cada sonrisa de los vendedores del mercado se agazapaba una daga dispuesta a partirnos el corazón. Cada uno de nosotros recogía el rencor, lo masticaba y trataba de encontrar una respuesta en

el estómago. ¿Qué tenía que ver un campesino pobre de Galicia con aquellos hombres tan remotos?

—Aseguran que nos vencerán y después conquistarán Granada.

Eso decían algunos. Tampoco esa ciudad guardaba ningún sabor para mí. Yo no era dueño ni de un pedazo de tierra donde plantar berzas, no tenía nada que defender salvo mis pobres huesos. Aquéllos no eran mis enemigos; y además estaba Imaina.

Miraba las estrellas y les ponía su nombre. Con los días nos habíamos acostumbrado al extraño cortejo y cada vez me ocultaba menos. Incluso me paraba delante de ella, cuando el campamento quedaba lejos, perdido por entre las callejuelas donde vivía la hermosa de ajorcas tintineantes, y le preguntaba por señas si quería que yo llevase su cesto. Se reía y el mundo era hermoso. Nunca contestaba con palabras.

Imaginé que sí comprendía, que los besos y las intenciones son un lenguaje universal, pero su idioma no era el nuestro, bueno, tampoco era mío, que me costaba entender las órdenes y hablaba lo menos posible salvo que quisiera pasar por el más tonto del regimiento. Las mías eran palabras de pobre en el idioma de los campesinos.

Un día el rencor de aquellas gentes pareció encontrar aliado en el desierto que nos rodeaba, como si los espíritus de todo su pueblo cabalgaran más allá de las lomas que nos protegían y nos encerraban. Cambió el aire y los cuerpos de mis compañeros sudaban miedo.

El miedo, como el amor, cambia el olor de nuestro cuerpo.

Rubén hace una pausa un poco más larga que las anteriores; se resienten las cuerdas de su garganta. Rogelio, sin darse cuenta, baja la cabeza y olfatea bajo la camisa tratando de encontrar un olor diferente por entre la piel. Lisseta lo mira como si acabara de descubrirlo y sonrío. El chico piensa que aquella sonrisa ha sido su primer beso. El de las bocas unidas, el segundo.

En el campamento se cruzaban órdenes, se doblaban guardias y cada día salían patrullas que regresaban polvorientas y cegadas. A diario sufríamos bajas a causa de las emboscadas: dos o tres muertos cuando intentaban construir

un puente para el ferrocarril; dos muertos en el zoco... Yo trataba de huir pensando en Imaina, imaginando mil modos para traerla conmigo. A nosotros nada nos enfrentaba, sus pies iban tan descalzos como los míos por entre el barro de mi aldea.

¿A quién hubiéramos hecho daño? Tan sólo un hombre y una mujer, un trozo de tierra bajo un trozo de cielo...

Un trozo de cielo, Rogelio cambiaría todas las reservas de la despensa por un trozo de cielo y los besos de Lisseta. Un trozo de tierra donde no retumbe el bastón de Palmira ni existan cerrojos capaces de encerrar a tía Josefina. Un trozo de cielo. Por la boca de Lisseta.

Por un momento, temen que Rubén no encuentre fuerzas para continuar, pero el viejo loco mastica las palabras atragantadas y avanza en el relato. Palabras amargas brotadas desde las migas del pan blanco.

Julio andaba por los últimos días y el calor ahogaba la respiración, si respirar era llenar los pulmones con arena, arena que se incrustaba en la piel, bajo pliegues desconocidos hasta entonces y arañaba hasta dejar llagas. Yo tenía diecinueve años, el siglo tan sólo nueve.

Tenía diecinueve años e iba a morir.

Iba a morir en África.

Los moros tomaron el monte Curugú, una loma capaz de divisarse desde la fortaleza del cuartel. Estaban en su tierra, nosotros éramos los intrusos. Pero los generales decidieron darles una lección y al mando del general Pinto salimos para dar un escarmiento a los moros del Gurugú.

No disparé un solo tiro, me limité a subir como una cabra aquella escarpadura que pasaría a la historia como el Barranco del Lobo, procurando ir siempre tras los pasos de algún compañero. Caían piedras y soldados; llovía fuego y metralla. Pronto me vi cubierto de sangre, salpicado por la muerte de otros; después algo golpeó mi brazo y una roca casi me deja ciego...

Se señala una cicatriz en la ceja izquierda y levanta las apolilladas mangas para mostrar una gruesa cicatriz redonda, similar a un cráter hundido poco

más arriba del codo izquierdo. Rogelio recuerda el brazo fantasma de su padre.

Perdí el sentido. ¡Ojalá no lo hubiera recuperado nunca! Desperté a medias cuando un chorro de agua me bañó la cara, y esa tendencia del hombre por vivir me abrió los ojos: Imaina, el rostro de Imaina aleteaba sobre el mío. Había venido a buscarme, levantando cuerpos muertos, moribundos y reventados de quienes eran sus enemigos, para salvarme, para devolverme la vida.

Una vida que debí vivir con ella.

Lavó la herida de mi cara, ató su pañuelo en mi brazo y me arrastró hasta lograr desenterrarme de entre aquellos cuerpos, alguno de los cuales aún gemía. Creí que estaba a salvo, a salvo y en los brazos de la mujer amada.

Entonces llegaron. No sé cuántos eran, ni quiénes. Tan sólo distinguí uniformes conocidos y quise gritar para que nos ayudasen, pero había perdido la voz. ¡Cuántas veces, durante años, grité lo que entonces no pude! Imaina se quedó quieta, a mi lado, no intentó huir.

¡No pude gritar!

Liseta aprieta un poco más la mano de Rubén; se recuerda aferrada a las faldas de su madre, su madre que apenas tuvo tiempo para mirarla, acercarse al oído y recordarle: «Tú siempre serás Liseta». Tampoco ella pudo gritar entonces, temía que sus gritos rompieran el aire y el corazón de su madre. Las madres esconden en sus pechos un corazón de cristal.

Sentí sangre en mi rostro. Uno de los soldados se acercó al galope y cortó el cuello de mi amada. Tal vez creyera que robaba las pertenencias de los muertos... Con aquel tajo, el soldado me robó el alma.

Imaina se desplomó despacio sobre mí. Tampoco entonces pude gritar.

Dicen que me desmayé, pero caí muerto. Y muerto continuó. Como lo estuve primero en el hospital de Melilla, más tarde en aquel frío hospital de Madrid donde los locos gemían contra los muros del patio. Muerto me condujeron en tren hasta Galicia; muerto me dejaron aquí, tan muerto que ni

los míos me reconocían. Entré en una pesadilla de la cual jamás saldré. Aquel día de julio acabó mi vida y el alma se me quedó revoloteando entre las arenas de África, a los pies del Barranco del Lobo.

Desde entonces vivo en el cementerio.

He vuelto a ver muertes y guerras, fusilados contra las tapias del cementerio, mujeres buscando entre los ejecutados el rostro de sus maridos, padres, hijos, hermanos... Todos muertos. Todos estamos muertos.

Rogelio trata de recordar sus pesadillas, esas de las cuales regresa temblando y aterido, tardando en recuperar la realidad de su cama. Lisseta, con el mimo de una madre, acaricia la cabeza estropajosa de Rubén, o sus manos engarfiadas. A veces el muerto en África la mira y cree ver en ella a su perdida Imaina.

—No puedes estar muerto, Rubén, porque ella te salvó para amarte y el amor nos hace nacer.

Rogelio jamás olvidará la mirada que Rubén colocó sobre las palabras de Lisseta.

—Antes solía pararme cerca del pazo —tiembla Rogelio como si el loco fuera a destapar el secreto de su familia— para escuchar de labios de Josefina una canción infantil que hablaba del Barranco del Lobo y de una fuente que aún mana sangre de los españoles... Ella conocía mi historia.

Rogelio desea gritar. No puede.

Rubén, el loco que habitaba entre los vivos y los soñados, sorteando fronteras entre la realidad y el horror, pasó a incorporarse a la vida cotidiana de Rogelio, aunque jamás acertó a preguntarle nada sobre la tía Josefina temiendo que también ella estuviera muerta. Los muertos comparten secretos vedados a los vivos.

Tal vez África no fuera un continente sino un monstruo devorador de almas. Ni siquiera Andrés, el vigilante del cerdo hambriento es admitido en esta cofradía por miedo a que las monjas del Beaterío o la poderosa Palmira conozcan la existencia de tan estafalaria hermandad. Andrés, el guardián de los rencores infantiles, los vigila, los envidia y se debate entre las ganas de pan y la satisfacción de la denuncia. Las flores en la tumba de Cristina brillan diferentes como si también ella notara la felicidad del niño huérfano y se alegrara.

¡Tan frágil la felicidad como una pompa de jabón!

Rogelio ya no padece la tristeza del abandonado, los afectos no entienden de vínculos sino de abrazos y caricias: su nueva familia la forman Rubén y Lisseta. Tan sólo la melancolía de la tía Josefina y su gramófono oscurecen los nuevos descubrimientos. Pero incluso al cuarto de la condenada llegan los cambios.

A finales de abril, el pazo se tambalea por una nueva discusión entre don Tirso y Palmira. Vagamente, Rogelio recuerda otras, años atrás, cuando aún resultaba todo mucho más incomprensible, entre la abuela y el médico.

—¡Saldrá, bajo mi responsabilidad y sin que ni el mismo diablo lo impida! Anda cada día más débil y necesita ejercicio.

—Ya lo hizo en tiempos, y más del que debiera. —La mujer hace una pausa para remarcar el pecado de la hija—. Tengo demasiados y poderosos aliados para que un medicucho imponga órdenes en mi casa.

—Pero yo conozco la verdad...

Algo en el interior de Rogelio tiembla ante las palabras de don Tirso, agazapado en la escalera escucha las voces y el golpear intermitente del bastón que su abuela utiliza como arma y cetro real. «La verdad», y las palabras del médico retumban como piedras contra los muros de la casa.

Aquella verdad debe abrir el baúl de los enigmas donde él se siente encerrado. Donde todos viven presos.

La verdad. Y por un momento Rogelio se tapa los oídos; ahora no quiere dejarla entrar, teme que si se abre paso a través del patio desaparezca Lisseta y su nuevo mundo. Ya no la busca por entre los sofocados silencios a sus preguntas, prefiere el rincón del cementerio iluminado por el nombre de África.

—¿Quién te creería? —No resulta fácil derrotar su empecinamiento.

—Tal vez el mismo Teodoro, su glorioso capitán, ande harto de tanta mentira...

—¡Ni lo menciones, maldito rojo!

—Josefina saldrá todas las tardes de domingo acompañada por mí.

«Rojo», otra palabra maldita, señal de algo diabólico oculto bajo la piel de quien padece semejante estigma. Como las niñas recogidas en el Beaterío, «hijas de rojas y malas mujeres». Como la madre de Lisseta.

Palmira se retira del campo de batalla, Rogelio jamás habría imaginado tanto poder en manos de aquel médico apocado y triste, con su vieja chaqueta a punto de desgarrarse por el uso, sus camisas limpiísimas y rozadas en los cuellos y puños... ¡Josefina saldrá a pasear con don Tirso! Él se alegra: podrá verla, tal vez pueda acercarse hasta ellos y hablarle o sentir sus manos en las mejillas...

La primera vez que tía Josefina sale de su cuarto es ese mismo día, sin esperar al domingo. Le sobra vestido y le faltan fuerzas. Camina como si las piernas fueran de goma, incapaces de sostener su cuerpo delgado, enfermo, convaleciente de encierro. Rogelio permanece tras la ventana de su cuarto contemplando cómo don Tirso recoge el brazo de la mujer mientras coloca toda la fragilidad de la enferma, la loca, contra su costado izquierdo y le habla al oído tal vez para darle fuerzas. Cuando los pierde de vista sale corriendo, temiendo que Lisseta haya abandonado ya su cita diaria en el cementerio.

—¡Al fin! —Lisseta se levanta de un salto—. Tengo un agujero en el estómago inmenso. —Primero recoge la diaria merienda, después repara en la palidez del chico—. ¿Qué te pasa?

—Está muerto —responde Rubén inmutable en su eterna letanía.

—Anda, come, que no hay nada como el pan blanco para curarlo todo. —Y Lisseta deposita un trozo de aquel blanquísimo manjar con membrillo sobre el regazo del loco.

—Mi tía ha salido a pasear. —Y la voz de Rogelio retumba hueca.

—¿Y? —Liseta deja de masticar y lo mira para comprobar si la locura del mendigo se le ha pegado a la piel.

—Pues que no sale nunca.

—Bueno, hay manías peores. —Y retoma, tranquilizada, repaso a la suculenta comida.

Cada día Rogelio consigue añadir algo nuevo que saquea del desván o de la despensa que Cándida deja, por falso descuido, casi siempre abierta.

—Ya, pero a ella la tiene mi abuela encerrada porque está loca.

—Otra muerta. —Rubén ha convertido el pan en una dulce bola contra sus encías desdentadas.

Los dos vuelven la vista hacia el mendigo que fue soldado en una guerra tal vez sólo soñada. Si hubiera perdido un brazo como el heroico capitán Teodoro, entonces podrían imaginarse los regueros de sangre por entre las arenas del Barranco del Lobo.

—Creo que deberías darte un baño, Rubén, los piojos están comiéndote la poca sesera que te queda. —Después mira a Rogelio—. O sea, que tu abuela la encerró en su cuarto como a nosotras nos encierran en el Beaterío. ¡Pobrecita!

La compasión no forma parte del aire que se respira en el pazo. Ni cuando Cándida retuerce el cuello de los pollos ni cuando la abuela Palmira habla de su hija presa.

—De niño me cantaba a través de la pared o me hablaba; apenas la entendía, pero hablaba y hablaba hasta que me quedaba dormido... Ahora hace tiempo que no canta, y después de que mi padre se fuera la última vez, no ha vuelto a poner música en el gramófono.

—¿Era roja?

Y Rogelio no sabe qué puede ser peor pecado para el encierro, si la locura esgrimida por Palmira o ese otro atributo, «rojo», más peligroso para todos que la contagiosa tiña.

—En realidad no sé nada.

Cierto. Apenas conoce nada de su familia. Su madre es un venerado retrato, con los años amarillento y borroso; su padre un remoto y legendario militar que produce miedo reverente en Cándida y admiración en su abuela; Palmira camina por la casa a golpe de bastón como si estuviera vigilando peligros invisibles; el abuelo es una sombra muda... Y la tía Josefina es un misterio al cual algo muy extraño en su interior incita a querer sin razones.

—Vivimos en un secreto.

Lo dice y las palabras convierten en real la sensación siempre presente. Un secreto tal vez terrible; un secreto que podría incluso derribar los gruesos muros de la casa; un secreto capaz de paralizar la respiración y ennegrecer al mismo sol.

*En el Barranco del Lobo
hay una fuente que mana
sangre de los españoles
que murieron por España...*

Rubén deja la canción y baja la cabeza. Josefina se ha instalado entre ellos.

—Bueno, todas las familias tienen secretos. —Lisseta trata de borrar la angustia instalada en los ojos de Rogelio—. Verás, mi madre también tenía un secreto, aunque lo compartía conmigo... Un secreto que ninguna monja en el mundo logrará arrancarme ni con los peores castigos.

—Pero si tú lo sabías ya no es un secreto.

—¡Qué tonto eres! —Por suerte esta vez no le recuerda que ella tiene casi tres años más—. Los secretos pueden compartirse con otros, pocos, claro, y sólo de tu confianza. Seguro que en tu casa alguien lo conoce.

—¿Por qué callan entonces?

—Para eso es un secreto, Rogelio.

El chico piensa que aquellos años de diferencia realmente colocan a Lisseta más cerca del mundo de los adultos. Se consuela imaginando que pronto, cuando cumpla trece años, podrá entenderlo todo.

—¿Cuál es el secreto de tu madre? —Y envidia esa complicidad.

—Mi madre aseguraba que un día, cuando el resto del mundo se diera cuenta del error, vendrían poderosos ejércitos para devolvernos la victoria. Entonces, todos los verdugos, los carceleros, las monjas del Beaterío... ¡Todos, pagarían por sus maldades! —La chica respira hondo y mira al frente como lo haría un general—. Yo sé que es cierto y espero ese día.

—¡Qué suerte!

Sí, porque ella guarda certezas como tesoros y claves de futuro compartidas con su madre, y esperanzas... Aunque no tenga pan, aunque sufra los castigos de las monjas. Lisseta tiene una razón para esperar.

—¿Salió sola? —Y la pregunta sobresalta a Rogelio.

—No, fue don Tirso, el médico, quien se empeñó en que debía pasear y en acompañarla para que no pasase nada. Saldrán todos los domingos a la tarde. Bueno y hoy, aunque no sea domingo, por ser el primer día.

—¡Quiero verla!

Es un deseo alegre, un deseo que la incita a dar dos pasos de baile.

Rubén no se mueve del lugar, todavía saborea las últimas migas y se mira las manos; a veces mira partes de su cuerpo como si fueran extrañas, sin reconocerlas como propias; alguna vez también escupe sobre ellas para limpiarlas: aún guardan restos de aquella carnicería, sangre de Imaina.

Suponen que habrán elegido el paseo del acantilado, el mismo que recorren los domingos por la tarde las niñas del Beaterio. Pasan por el lavadero donde Lola, atada con invisibles cuerdas al lugar que transforma sus manos en rojas y duras, golpea sábanas contra la gastada piedra gris; sonrío al verlos pasar y calla. Muchas cosas parecen cambiar sin que se altere la rutina del miedo y el silencio.

Tampoco se escuchan los gemidos de las entrañas marinas cuando preparan una tormenta. Lola, la lavandera, recuerda los dichos de su padre: ningún suceso se improvisa, como la naturaleza, la vida esconde entre pliegues ocultos las semillas de aquello que acontecerá; nadie vigila cómo se abren y germinan, tan sólo se sorprenden cuando descubren el brote verde sobre la superficie. En el pazo anda rompiendo el inicio de algo capaz de trastocar la vida de todos.

Rogelio deja que Lisseta lo adelante fingiendo atarse los cordones de las botas, gira sobre sus pasos.

—Lola, mañana te traeré merienda.

Y la joven lavandera lo mira pensando que aquellos ojos son demasiado grandes para su carita de paje.

Recortados contra el cielo brumoso, dos siluetas permanecen varadas contemplando un horizonte tan remoto como el pasado de Josefina, como sus sueños rotos, como su amor perdido.

—Quiero verla, acerquémonos más.

—¿Y si nos descubren? —Y Rogelio imagina la ira de Palmira y su bastón de mando.

—¿Qué? —Lisseta siempre tiende al desafío en sus gestos cuando intentan prohibirle algo—. Es tu tía, y seguro que te quiere.

Seguro. Pero tanto tiempo acostumbrado al encierro de aquella mujer ha frenado los posibles sentimientos. De todas formas sigue a Lisseta, agazapada

entre los matojos y caminando inclinada hacia las dos figuras. Apenas unos metros los separan.

—Es muy guapa. ¿Se parece a tu madre?

Rogelio trata de descifrar por entre el perfil pálido de tía Josefina los contornos dibujados en la foto amarillenta.

—Creo que no.

—Puede que no sean hijas de la misma madre.

¿Y si fuera ése el gran secreto? Aunque Rogelio no entiende por qué ha de ser castigada tía Josefina, si los hijos nacen sin elegir a los padres. Se pregunta a quién hubiera elegido él y no se atreve a contestarse.

—No es tan difícil, ya ves. Ahora tienes que recuperar fuerzas, después ya veremos.

Eso susurra don Tirso al oído de Josefina, que trata de contener el dolor de sus piernas desacostumbradas mientras sus pulmones se llenan con el salitre de aquel mar siempre embravecido.

Tendidos entre los matojos, Lisseta y Rogelio contemplan las dos figuras.

—Parecen dos actores.

—¿Has visto mucho cine?

—Con mi madre, porque una prima suya era taquillera en un cine de Madrid y nos dejaba entrar. Íbamos por el cine y porque allí no hacía tanto frío como en casa. Nos abrazábamos y soñábamos que también en nuestra propia película habría un final feliz, un final parecido al de tu tía: mirando el horizonte.

—Mirando el horizonte —susurra Rogelio.

Y en ese horizonte quisiera estar él, abrazando los hombros de Lisseta ahora siempre cubiertos con el pañuelo floreado que esconde entre sus ropas para regresar al Beaterío.

—Tú no me dejarás, ¿verdad?

—Si me dejas bailar estaré siempre contigo.

Sonríen. Sólo las promesas sencillas resultan auténticas. También eternas.

—¿Se puede saber adónde vas tú con tanta comida?

Cándida coloca sus brazos en jarras e impide a Rogelio salir de la despensa. Siempre supo que aquel niño rico compartía pan y membrillo con otros, con Andresiño, con Lola..., pero en las últimas semanas el saqueo ha llegado a ser preocupante para la criada: teme la contabilidad escrupulosa de Palmira en las reservas de víveres.

—El cura dice que hay que dar pan al hambriento. —Los curas siempre son un buen aval en aquella casa.

—Ya, pero no habla de mantener a un regimiento.

—Como aquí sobra tanta comida.

—Así es la vida —Cándida suspira hondo—, unos han nacido para que les sobre y otros para que les falte.

—¿Y tú? —Tal vez el desafío dé resultado.

—Mira, rapaz, sal antes de que tu abuela nos pille, ya veremos si me despiden y puedo contar yo —se señala el inmenso pecho— con tu generosidad.

Rogelio ha decidido llevar un regalo a Lola, quiere sentir la caricia de su mano enrojecida en la mejilla, por eso ha de aumentar el saqueo; además, Lisseta y Rubén también esperan su ración de pan blanco «con sorpresas» como gusta de llamar la chica a los dulces o los trozos de tocino y chorizo.

—Así que andas de novia, ¿eh, rapaz? —Lola suelta la frase a modo de saludo sin dejar de golpear las sábanas contra la piedra del lavadero—. Pues vete con tiento, que las monjas del Beaterío no son dulces ángeles, sobre todo si tocan a sus niñas... ¡Las pobres!

Son pobres porque no tienen madre ni padre, sin embargo a él nadie lo considera digno de lástima. Las buenas botas y la despensa llena transforman su orfandad en un accidente sin importancia frente a la riqueza.

La mujer ilumina el rostro ante la comida presentada. Luego lo mira y decide pagar el pan blanco y los chorizos con una parte del secreto guardado entre todos.

—He visto a Josefina —no dijo «tía»— paseando con don Tirso, o a la vieja se le han aflojado las riendas o el médico ha perdido el miedo.

—¿Miedo?

—Los ricos siempre son peligrosos. —Acaricia la mejilla de Rogelio—. Bueno, tú aún no, ya veremos con el tiempo. Una palabra de Palmira y podría terminar en la mismísima cárcel. Pero él también conoce el secreto de la vieja bruja. Algún día todos perderemos el miedo.

—Pero ¿a qué tiene miedo tía Josefina?

—La loba, *meu fillo* —Lola intentaba siempre evitar la vieja lengua cuando hablaba con los ricos, los guardias o el cura, esta vez o no pudo o fue más fuerte la emoción—, pone en peligro su vida para salvar a sus crías... Y ella es una loba. Una loba brava y generosa condenada por no bajar la cabeza.

—¿Quién es la loba?

—Josefina, rapaz, Josefina.

El chico trata de escrutar las últimas palabras intuyendo algo realmente importante, pero sin lograr alcanzar a comprender, algo vital para romper el nudo enganchado en su estómago. Quisiera encontrar la fórmula para romper la cascada de palabras ocultas tras la boca ahora apretada de la lavandera.

—Anda, vete. —Quiebra de nuevo la cintura sobre la piedra gris del lavadero y trata de no mirar los ojos abiertos en preguntas del huérfano rico.

No hay caricia. Lola se ha refugiado en el mutismo hosco donde parecen habitar todos, sobre todo cuando las palabras rozan el secreto del pazo. Rogelio marcha camino del cementerio en busca de otros afectos, tal vez de los labios de Lisseta, y se roza los suyos para revivir el recuerdo, también la mejilla donde no colocó Lola el frío de sus manos.

Después decide no rendirse mientras recupera a Enrique de Lagardere y convierte una rama torcida en el brillante florete defendiendo el honor de los tristes. Tal vez Lisseta lo ame, en silencio, como Aurora ama al caballero defensor de su vida.

Navega Rogelio entre sueños como un barco surcando nubes; Rogelio no se permite naufragar en el insidioso mar de sus miedos, sus soledades, su falta de caricias... Piensa que algún día encontrará el puerto donde lo espera todo aquello tan añorado desde que guarda memoria.

—¡Teme la estocada de Nevers! —porfía enfrentando el tronco rugoso de un castaño.

Entre ensoñaciones y estocadas llega hasta el cementerio. Los parajes donde se esconde el amor no son terribles sino luminosos y aquel sombrío lugar parece pintado con polvo de mariposas desde que baila Lisseta sobre su barro. Lisseta, y el nombre le sabe a dulce, por eso lo repite, bajito, bajito, saboreando cada letra mientras revive el beso.

Liseta espera acurrucada contra el frente de la tumba, sus hombros tiemblan y su rostro se esconde entre el hueco de sus manos. Rubén la contempla asustado, sin atreverse a tocarla, tal vez recordando otras lágrimas que aún corretean por entre los gastados surcos de su cerebro.

¿Por qué lloran las mujeres?, le contesta Aurora a Lagardere... *Como en París hay tantas mujeres hermosas, temí que amaseis a otra.* No, el caballero justiciero no amará a otra y se pregunta cómo se cuenta eso, cómo se transforman en sílabas los sentimientos, cómo se abraza sin ser rechazado. Le tiemblan las rodillas mientras, con pasos breves, se acerca hasta el llanto de Liseta sin encontrar el aplomo del caballero defensor, lamentando ser sólo un niño. ¿Aún es un niño? Tal vez habiten en un tiempo prohibido para la infancia, donde los juegos agonizan entre cenizas, pasos marciales y letanías.

Posa una mano sobre el hombro de la chica, cauto como un jilguero sobre la rama. Ella intensifica el llanto por unos segundos, después limpia las lágrimas con la manga del uniforme, sorbe las que restan sobre su nariz, como Andrés, y se vuelve despacio.

—Hola.

En dos sílabas se contiene la desesperación y la esperanza. Rogelio mira los ojos verdes navegando en un mar ensangrentado, brillan como dos luciérnagas, como las ánimas de los muertos mientras recorren el bosque las noches de luna llena. El chico se acuclilla a sus pies, ahora son dos los hombres que contemplan a Liseta.

—La muerte, la muerte...

Balbucea Rubén añadiéndose para tranquilizar el espanto de los recuerdos.

—Me llevan.

Un rayo que hubiera cruzado el cielo y abatido el cementerio no habría hecho más efecto sobre Rogelio. Está condenado a los abandonos: la muerte de la madre, las ausencias del padre, la locura de tía Josefina, el mutismo del abuelo... ¡Ella no!

—¿Adónde?

—Tengo trece años, a esa edad ya podemos ser útiles como criadas en casa de algún rico. A cambio de comida y una cama de paja, trabajaré como una mula toda mi vida... ¡Me cambian de cárcel!

Rogelio piensa en Cándida y no le parece tan terrible, luego recuerda las manos de Lola.

—¿Y te irás lejos?

—A donde me lleven.

Para este combate no sirven las espadas de madera. Todos pueden mentir a los niños, utilizar sus escasas fuerzas, manipular sus sentimientos, olvidarlos en un rincón de la más oscura cocina. Un día crecen y se transforman en extraños, desconocidas fieras despiadadas, ángeles de un paraíso perdido... Dueños de un infierno implacable. Pero ahora Lisseta necesita ayuda y Rogelio se sentiría más seguro si frente a ellos hubiera un dragón a quien combatir.

—Escóndete de la muerte, escóndete. —Rubén continúa añándose.

—¡Claro! —Los ojos de Lisseta recuperan el verde marino—. Puedes esconderme en tu casa, es enorme y algún lugar habrá donde tu abuela no ponga el ojo.

Aunque Cándida piense que Palmira es algo parecido al Dios de los avernos, capaz de ser omnipresente y omnisciente, sólo es una anciana resentida, armada con un bastón, una vieja autoridad y toneladas de rabia, intentando controlar el curso del destino.

—En el desván.

Pronuncia el nombre con la tranquilidad de lo inevitable. Ya no tiene miedo, no lo asusta enfrentar la mirada gris plomo de su abuela.

—¿Cuándo? —pregunta la chica.

—El domingo. Será el mejor momento para todos.

Han tomado una decisión, han abierto una grieta en el despiadado muro del ciego azar y se sienten tranquilizados. Ahora ya pueden sentarse, compartir la merienda y planear esa huida hasta sentir que incluso sus pequeñas manos sabrán controlar las riendas de ese corcel indomable llamado vida, para conducirlo por el sendero de sus deseos.

No están en África para morir.

—Mi tía volverá a salir con don Tirso, así que mi abuela estará sentada en su cuarto desde donde casi se puede ver el paseo. Cándida aprovecha la tarde del domingo para ir hasta su pueblo y Leal ni ve ni quiere ver.

—¿Y tu abuelo?

—Sin problemas.

El mutismo pétreo del abuelo no supone una amenaza, sin saber bien por qué, Rogelio lo siente aliado.

—Entonces yo me pondré guijarros en los sobacos y comeré un buen puñado de ceniza por la mañana...

—¿Para qué?

—Tonto, para que me suba la fiebre y las brujas imaginen que estoy enferma. De ese modo no tendré que salir a dar el paseo, habrá menos

vigilancia y me colaré hasta el cementerio.

—Yo te estaré esperando.

—¿Y cómo entramos en el pazo?

—Por el huerto de berzas que cuida personalmente Cándida, porque siempre tiene miedo a quedarse sin comida, y que comunica con la cocina... No te preocupes. ¿Sabes subir a los árboles?

—Como un gato.

—Entonces no hay problema.

Aquello se parece mucho a la felicidad. Incluso Rubén sonríe con su boca sin dientes, deja de hablar de los muertos y de balancear el cuerpo para tranquilizarse, claro que el loco siempre pone la misma cara de placidez tras las meriendas regaladas por Rogelio.

Faltan dos días y Rogelio siente fiebre y vértigo. Apenas si conciba el sueño repasando todos los detalles, comprobando que la higuera casi pegada a la pared pueda sostener el cuerpo de Lisseta, la chica parece tener carne de nube, resistirá; comprueba que no hayan puesto candado a la puerta del desván, pone grasa de cerdo en los goznes casi oxidados para que ningún ruido los delate y después comprueba el lugar.

Antes, cuando era un niño, cuando Lisseta aún no lo había besado, no habría entrado en el desván: lo asustaban los lugares oscuros y llenos de objetos sin dueño y sin destino. Ahora necesita cerciorarse de que aquél será un buen lugar para cobijar a la bailarina. Dos inmensos arcones esperan, cubiertos de polvo, arrumbados contra la pared del fondo, tienen los bordes y los cerrojos de bronce, dentro, vestidos, pañuelos, medias, zapatos, mantones... Lisseta disfrutará probándoselos todos. Colgados de las vigas tiemblan los objetos más dispares: azadones inservibles, quinqués de barco, mantas apolilladas. También dormitan varias tinajas de barro donde podrían esconderse en caso de apuro, en algunas se guardan los chorizos y las morcillas en gelatina de grasa, pero otras sólo esconden telas de araña y moho. Por fin, cerca de la ventana que mira al acantilado, varias ristras de mazorcas de maíz.

En las mazorcas y en las tinajas está el peligro para la seguridad de Lisseta. La única persona que sube al desván es Cándida a recoger algún chorizo o alguna mazorca para desgranar y servir a las gallinas.

—¿Quieres que suba a buscar mazorcas y las desgrane?

—Andas tú muy servicial.

—Bueno, así son los caballeros de las novelas. —A veces la criada le pide que le lea algún párrafo de aquel libro y Rogelio casi se lo escenifica.

—Ten cuidado con los libros, rapaz, que pueden volverte loco... Como a tu tía, ¡la pobre!

—¿La volvieron loca los libros?

—Bueno, eso dijo tu abuela, que tanta lectura sólo era buena para calentar la cabeza y mantener fríos los pies.

—Pues el libro de Lagardere me lo regaló mi padre. —Al heroico capitán Teodoro nadie en la casa le pondría pegas.

—¡Ay, señor! —Luego parece cambiar de opinión palpando sus hinchadas piernas—. Pues nada, ya que tenemos un caballero en casa, sube al desván y baja unas cuantas...

Vuela Rogelio camino del desván. Cuando llega al primer piso escucha algo en la habitación de tía Josefina, por eso se acerca de puntillas y pega la oreja a la puerta. Apenas distingue las palabras: habla sola; no ha vuelto a poner el gramófono, pero el paseo con don Tirso y la promesa de otros le han devuelto un ligero soplo de vida. Al fondo del pasillo, el abuelo Luis lo mira y el niño siente algo parecido a la calma del perdón: diría que el viejo conoce de antemano todos sus movimientos y, con su mutismo, los consiente. Murmura un gracias y corre hasta el lugar donde habrá de esconder a la bailarina, ¡al día siguiente!

El abuelo observa al niño huérfano, al niño sitiado por las mentiras sofocantes de aquella casa, sabe que algo ha comenzado a moverse en el pazo, algo que, por fin, trastocará las órdenes de Palmira. Piensa en su nieto y lo ve como al perseguidor incansable de un tesoro, sin mapas ni brújula. Rogelio persigue la felicidad negada con la curiosidad de los niños y la tristeza de los huérfanos.

—¿Estás preparada?

—No hay vuelta atrás, Rogelio.

La mira y supone que son los tres años de ventaja, los que la convierten en una mujer, una de esas mujeres capaces de mirar el horizonte por donde han perdido a sus hombres y escarbar en la orilla un futuro para ellas y para sus hijos. Lisseta tiene tobillos de bailarina y ojos de mujer.

—¿Y tu abuela? —pregunta ella colocando el peligro en los ojos grises y el bastón de Palmira.

—Ya veremos.

Por primera vez Rogelio rompe la docilidad de los niños, casi siempre asustados por la terrible autoridad emanada de los adultos como un aura invencible. Los pequeños robos en la despensa no son, en realidad, un acto de rebelión, tan sólo la constatación de una diferencia; pero esconder a una recogida del Beaterío en el desván rompe con todos los eslabones de obediencia, sumisión y silencio. Se parece su decisión al gramófono de tía Josefina, aquel que rompía el luto impuesto en el pazo con la gallardía metálica de los intrusos festivos.

Tal vez si Lisseta bailara en el desván, la tía Josefina recuperaría el gramófono. Tal vez los milagros aún existan.

Si se miraran en un espejo tía y sobrino, sonreirían sorprendidos ante un parecido incapaz de someterse a los deseos de Palmira.

Cae una llovizna testaruda, invisible y pertinaz que va calándoles los huesos hasta dejarlos ateridos. El tronco de la higuera ha señalado sus rodillas pero ha soportado su peso. Al pasar por el último tramo peligroso, el rellano desde el cual se abren las puertas de los cuartos principales y el pequeño saloncito donde el abuelo permanece sentado e inmóvil como un lagarto seco, Rogelio ve brillar los ojos del viejo: los mira como si llegasen de un lugar extraviado en su memoria. No intercambian palabras, pero han trabado un pacto entre caballeros sin necesidad de cruzar sus espadas.

—¡Qué maravilla!

Lisseta no logra contener la euforia ante los baúles abiertos por Rogelio, con algunos de los vestidos desparramados como por azar, con el impecable

suelo de madera barrido, camuflado el aire quieto por los efluvios de los chorizos y morcillas enquistados en grasa. Ha llegado al castillo de los deseos dormidos. Se desprende de los torpes zapatos y los calcetines, de la chaqueta de lana, empapada, y se lanza a girar levantando los brazos donde ondea, como una bandera de libertad, el pañuelo floreado.

Durante años, entre las pesadillas de Rogelio, ondeará siempre un pañuelo bailando sin manos que lo sostengan para dibujar en el aire el nombre de la bailarina.

De momento, el pañuelo habita en el presente, en las manos de ella y Rogelio imagina que las delicias de la ventura andan encarnándose en el desván, dibujándose con los pasos de baile de Lisseta, enredadas entre sus delicados tobillos y sus talones sucios de polvo.

—Es como el salón de baile de un palacio... No, mejor, como el salón encantado del castillo donde se esconden todos los tesoros.

No sienten el hambre ni el frío húmedo instalado por la lluvia sobre sus cuerpos. Son demasiado jóvenes para intuir la brevedad de los momentos felices, para conocer el largo precio que siempre cobra la vida por esos segundos donde se sienten mejor que príncipes, mejor que dioses.

Un hombre y una mujer.

La noche va cayendo tras los cristales sucios del desván, borrando las siluetas de las cosas y tiñendo de premoniciones el cielo encapotado. Entonces, por una rendija antes oculta entre los tablones, se filtra luz.

—Chis —pide Rogelio llevándose el índice a los labios.

Tratando de flotar sobre la madera que cruje bajo el peso de sus pasos, se acercan hasta el punto de luz. Rogelio, como corresponde a un caballero, mira primero: aquel ventanuco de polillas se abre justo sobre el cuarto de tía Josefina.

—Déjame ver. —El ojo verde claro se asoma ahora y Lisseta sonrío—. ¡Qué suerte, es tu tía!

En ese momento, sin saberlo ellas, sin que fuera necesario el testimonio de un escrito sellado, Lisseta decidió curar su orfandad en los brazos de Josefina. Rogelio siente un escalofrío. Aún no sabe si de temor a ser abandonado o de pura felicidad.

Para vivir un gato necesita pocas cosas: tejados soleados y lluvia, alguna sardina y mucha libertad de montes y escondrijos. Para vivir, un niño necesita pocas cosas: pan, abrazos, una manta, besos y un horizonte sin alambradas.

—Lisseta, no dejes de bailar —murmura Rogelio con la seriedad de las decisiones eternas y sus palabras recuperan el sabor de aquel beso, el primero,

recibido de labios de la bailarina.

—Ella nos ayudará.

—¿Cómo? —Y él le oculta que tía Josefina lleva tiempo sin escuchar el gramófono.

—Ya veremos.

Josefina, aún ajena al trenzado de pequeños acontecimientos que transformarán la vida de todos, permanece sentada tras los visillos del cuarto, con la mirada perdida en algún punto de otro tiempo. Permanece a unos pasos de la locura definitiva, esa que la hermanaría con Rubén.

Cándida comienza a llamar, con voces nerviosas, a Rogelio.

—Tengo que irme, ¿estarás bien?

—Como una reina.

—No hagas ruido.

—Menos que un ratón.

Cuando Rogelio cruza de nuevo por delante del abuelo, lo mira esperando, sin saber bien qué. Un gesto de la mano artrítica lo obliga a bajar las escaleras.

—¿Dónde demonios te metes? —Cándida está roja de sofoco—. Me vas a buscar la ruina.

Nada le importa. Se siente tan fuerte como Enrique de Lagardere. Le asiste la razón, la justicia y la defensa de Lisseta, pagará gustoso los castigos, caso de haberlos, porque a él ya lo tiene condenado Palmira al encierro de la indiferencia. Se dibuja una sonrisa triunfal en los labios de Rogelio: ha escapado al hechizo de la bruja.

Al día siguiente las campanas en la capilla del Beaterío dieron la primera alarma. Después varios números de la Guardia Civil comenzaron a rondar los caminos, el paseo del acantilado y a rebuscar, con la punta de sus fusiles, entre los matorrales del bosque. Se fueron sumando vecinos, unos por miedo a ser acusados, otros por compasión, y comenzaron a surcar el aire murmullos de historias que hablaban del hombre lobo.

—Yo lo sé todo.

Andrés sorbe los permanentes mocos en su cara sucia, con las manos en los bolsillos y los pies descalzos y duros. No se atreve a mirar de frente a Rogelio, el niño rico que, como todos los de su clase, siempre termina por cumplir sus deseos sin ser castigado por sus caprichos. Pero el chico del pazo no se inmuta, no contesta a su amenaza, ni siquiera lo mira.

—Se lo diré.

Entonces, como un tigre olfateando el peligro, el cuerpo de Rogelio se tensa como la cuerda del arco a punto de disparar y enfrenta la mirada baja de Andrés.

—Una sola palabra y te parto la boca.

—Basta con que me des pan.

Nunca logrará el imitador de Lagardere entender aquella terrible hambre ancestral, esa serpiente que no deja de zaherir en el estómago, capaz de empujar a cualquier deshonra. Como si hubiera leído en los ojos asombrados del niño rico ese mensaje de sorpresa, Andrés se lanza contra él con la misma saña con que había pateado al cerdo, los puñetazos no van dirigidos a Rogelio, los recibe su estómago en nombre del frío y el hambre que lo atenazan, en nombre del desasosiego y la tristeza en los ojos enrojecidos de su madre... Y el huérfano del pazo se deja golpear ganado por la lástima.

—Para ti es fácil, para ti todo es fácil...

Lo repite el raquítico Andrés como una letanía, hasta que el cansancio lo rinde y cae en cuclillas mezclando lágrimas y mocos.

—¿Ayudarías a los civiles que fusilaron a tu padre?

La pregunta cae sobre el pequeño vencido como una estocada maestra. Andrés había pensado en una recompensa, en unas monedas para entregar a su madre y aliviar su desesperación, unas monedas que pagaran el pasaje para ese barco del que habla siempre como de una bendición capaz de redimir tanta miseria; había imaginado pan blanco y tocino. La serpiente del hambre no permite pensamientos demasiado nobles. Además, había olvidado a su padre como se olvidan las risas y el sueño ante el crujido del estómago.

Quedan los dos sin palabras. Andrés tratando de alcanzar la sombra de su derrota, Rogelio lamentando no llevar algo de comida en sus bolsillos.

—Han prendido al loco.

La información es un regalo, Andrés no pide nada a cambio.

—¿Por qué?

—Dicen que puede haber matado a la chica. —Y se encoge de hombros porque nada se puede contra la ley de los uniformados.

—¿Por qué?

Repite la pregunta Rogelio, incapaz de comprender esa lógica que castiga sistemáticamente a los más débiles, a los más inocentes. Por un momento, piensa en correr al cuartel y contar dónde está Lisseta para liberar a Rubén, pero ella tiene que escapar para poder bailar y el pobre loco lleva años muerto, con el alma bailando entre las arenas de África.

Ahora es él quien guarda un secreto.

Ahora puede comenzar a comprender las razones de los adultos para esconder historias y vidas.

Ahora sabe que cargará para siempre con los golpes que reciba Rubén a cambio de su mutismo.

Ahora habrá de traicionar a Rubén para no ser un traidor.

Ahora se impondrá la ilógica del amor por Lisseta; en nombre del amor; incluso la traición puede excusarse.

Durante días el paisaje habitual cambia y se cierra aún más la cadena que aprieta las gargantas. Todo se agudiza: el miedo secular al destino incierto de los niños, esos que mueren de tisis, de hambre, de abandono; las delicadas víctimas de adultos enfermos de desesperación; la ferocidad desatada capaz de anunciar demonios tan sólo dormidos y que golpea las puertas con la culata de los fusiles en busca de culpables; los sermones apocalípticos del cura amenazando con pestes y castigos por los pecados cometidos... ¡Siempre pecan los pobres!

Han cerrado la escuela y los niños tratan de no ser vistos para evitar represalias: de sus padres, de los poderosos, de los monstruos ocultos en el monte y en la memoria... Del poderoso destino sin forma ni rostro aleteando siempre como una bandada de cuervos.

Rogelio se siente fuerte, de su fortaleza depende el destino de Lisseta; así que ha de aprender a resistir, como el caballero Lagardere, todos los envites. Andrés comienza a mirar al niño rico del pazo con ojos nuevos, con el respeto que le merecen los marinos que faenan en mares remotos, helados, para regresar curtidos de sal y aventuras, con la mirada añorante y algas en los labios.

—No diré nada.

Le confiesa una tarde, sentados al borde del acantilado por donde ya no pasean las internas del Beaterío encerradas ahora bajo todos los candados. Rogelio sabe que ni siquiera será necesario pagar con pan su lealtad, por eso llena sus manos de comida, a él y a Lola, mientras procura permanecer en el pazo el menor tiempo posible porque teme que sus ojos, sus gestos o su nerviosismo puedan delatar la presencia de Lisseta en el desván.

—Yo también quiero marchar —decide Andrés.

—¿Adónde? —pregunta Rogelio.

—Eso no importa siempre que sea bien lejos.

Cabecea afirmando y recuerda las manos agrietadas de su madre y sus deseos de comprar un pasaje en cualquier barco. Las gaviotas revolotean ajenas sobre sus cabezas.

—¿Tú sabes adónde van los barcos?

—Eso depende.

—No todos, hombre —a veces a los niños ricos es necesario explicarlo todo—, digo los que van llenos de gallegos y salen de La Coruña.

—América.

Y Rogelio encuentra un extraño parecido con el otro nombre: África. Tal vez todos los lugares sean el mismo, un trozo del mismo paraíso roto en trocitos jugando al escondite entre las olas de los océanos.

—¿Allí hay pan para todos? —Teme que su madre ande equivocada.

—Claro.

Lo dice para consolar al niño de mocos permanentes que patea al cerdo cuando decide comerse la pared y buscar patatas en huertas prohibidas. Sonríe Andrés imaginando una tierra donde las calles sean de pan y pueden ir arrancándose trozos de las aceras para no sentir nunca el afilado mordisco de una víbora en el estómago. Rogelio no le cuenta que Rubén encontró la muerte en África ni le recuerda que algunos regresaron de América enfermos, más pobres y definitivamente derrotados. Se lo ha contado Leal, como si fuera uno de los vencidos por esa tierra cuyo nombre esconde sabor a pan.

Entonces, cuando Andrés ya no supone un peligro porque no los traicionará, Rogelio siente un pinchazo a través del bolsillo del pantalón. Aquella mañana la vieja y olvidada peonza apareció en el fondo del armario con la insistencia de los objetos que buscan reaparecer en la vida y los juegos olvidados, rodó hasta sus pies como un gato desamparado. Tenía pintadas rayas verdes y amarillas y la punta sobre la cual giraba como una bailarina enloquecida, brillaba negra y redondeada, gastada de tanto rodar buscándose en cada giro. Rogelio enroscó con mimo la cuerda y la lanzó al suelo con un golpe seco y preciso. La peonza dio tres saltos secos y exactos buscando el mejor acomodo antes de lanzarse, feliz, a un giro frenético que mezcló los verdes y amarillos en un arco iris bicolor.

«Así baila Lisseta», había dicho para sí Rogelio sintiendo que ya nunca sería el niño solitario que hizo danzar la misma peonza en decenas de solitarias tardes. Ahora la extrajo del bolsillo y se la ofreció a la mirada atónita de Andrés.

—Te la regalo.

Los ojos del niño se abrieron como lagos recién descubiertos. Jamás había poseído otra cosa que su hambre. ¡Una peonza!

—Así es como si vieras bailar a Lisseta también.

—¿Baila?

—Como una mariposa.

Y de nuevo quedaron quietos, envueltos en sus propios sueños, Andrés acariciando la madera brillante de su nuevo tesoro; Rogelio con los ojos verdes y la roja melena de su dama bailando eternamente.

—Mañana te traeré membrillo y un chorizo para tu madre.

—Mi madre tiene señalado el calendario —arrastra la confesión sabiendo que la traiciona—; cuando lleva el pescado a La Coruña, recoge información de los barcos...

—¿Los que cruzan el océano?

—Sí, porque vienen cargados de trigo que regalan de no sé dónde y las mujeres esperan a que terminen de descargarlo porque siempre caen granos, a veces incluso algún marinero finge tropezar con un saco para que caiga la carga en el muelle. Cuando terminan la descarga, permiten que las mujeres recojan los granos... ¡Pan blanco! Claro que mi madre nunca trae el grano a casa, que prefiere venderlo por unos céntimos.

—¿Para qué?

—Por eso señala el calendario —ahora Andrés se siente importante, dueño de un secreto desconocido por el niño rico—; faltan seis días para que llegue el próximo barco, que tendrá nombre de mujer como casi todos y que volverá a zarpar cargado de gallegos una semana más tarde. Por si ése no fuera posible, anotó la fecha de otro, dos semanas más tarde... Mi madre siempre anota las fechas y cuenta los dineros para ver si alcanzan. Mi madre quiere marchar a ese lugar.

Se despiden al borde del acantilado donde ya no pasean las niñas del Beaterío. Andrés soñará esa noche con un trozo de sol azucarado sobre pan, con la peonza abrazada a su pecho. Rogelio temerá, sin sospechar en el acierto de sus miedos, esa fecha que señala la partida del barco.

Cuando mira el calendario de la cocina le bailan los negros números una danza terrible que amenaza la escasa felicidad escondida en el desván.

Las ojeras han dibujado dos rosas granates bajo su mirada almendrada. Cándida lo mira preocupada, recordando cómo se vuelven grandes y brillantes los ojos de los tísicos.

—Pero si este niño es todo ojos, ¡válgame Dios!

—Son crecederas, mujer.

Trata Leal de evitar que la criada busque otras causas y la lleven al desván. Él los vio llegar, subir por la higuera y desaparecer. Ahora comprueba cómo todas las noches, cuando los habitantes del pazo duermen o pelean con el insomnio de sus pesadillas, el parpadeo de una vela y las sombras de Lisseta bailando descalza llenan de vida las telarañas del desván.

A Rogelio le crecen las rosas moradas bajo la mirada mientras va soltando amarras con la niñez. Lisseta lleva cinco noches escondida y parece cada día más feliz. Tan sólo cuando el silencio se llena de suspiros en la habitación de tía Josefina y de ronquidos en el cuarto de Palmira, sube para llevar comida y todos los encargos que la bailarina necesita.

—Estoy ensayando un paso nuevo de baile.

Recibe al chico con un vestido de raso azul claro que trata de ajustar a su delgadez con un cinturón rojo. A Rogelio le parece la mujer más bella del mundo. Viven un paréntesis sin preguntarse cómo habrán de salir, habitando el desván y las mentiras con la naturalidad de lo inevitable. Tan sólo una fecha sin señalar en el almanaque oscurece tanta dicha.

Verla bailar es lo más parecido a la dicha soñada tantas noches bajo las sábanas.

—Necesito que mañana me traigas un cordel, papel y lápiz.

—¿Para qué?

—Ya lo verás. Sabes, creo que tu tía ha decidido esconderse en el mundo de los sueños.

—¿Dónde?

Lisseta se limpia las migas de la boca, respira hondo y trata de explicarle el lugar adonde cree que ha marchado Josefina; sin darse cuenta adopta los mismos gestos que su madre cuando la sentaba en sus rodillas para contarle algo.

—Mi madre me contó una vez que las mujeres, cuando sufren demasiado, cuando se sienten acorraladas por la desgracia y no pueden escapar, sueñan.

—Yo también sueño, pero no me he vuelto loco —teme Rogelio terminar atado a la condena familiar.

—No, hombre, no tiene nada que ver con la locura, aunque algunos lo confunden. Yo también sueño, y creí que tendría que acabar escondiéndome en mis sueños para no sufrir... Pero apareciste tú —coloca una de sus manos, palomas ahora libres, sobre la mano quieta de Rogelio y el chico nota fuego en sus mejillas—; tú —repite—, y, como los príncipes de los cuentos, me liberaste.

—Preferiría ser un caballero como Lagardere.

—Bueno, es lo mismo, ¿no?

—¿Cómo es eso de los sueños?

—Yo no sé qué le pasó a ella —y vuelve sus ojos verdes hacia el hueco del suelo por donde se cuelga la cárcel de Josefina—, pero no parece habitar en este mundo, o al menos en esta casa y esta realidad. Yo me paso mucho tiempo mirándola, y a veces creo que ha dejado de respirar por lo inmóvil que permanece. Al principio me asustaba y se me encogía el corazón, ahora sé que tan sólo transita por otro lugar. Es como si no le importara nada que no estuviera en su interior. Ni siquiera mira a través de la ventana, y si hago ruido en el suelo, parece no escucharlo... No le interesa, no le interesa nada que no lleve guardado en su interior... Habita en un lugar donde sólo están sus sueños.

Lisseta guarda silencio y Rogelio siente algo parecido a la culpa brotándole del olvido, del olvido al cual relegó a la tía Josefina, convertida en un mueble, encerrado y apelillándose en un lugar no visitado del pazo. Ella, que consoló sus pesadillas años atrás cantándole a través de la pared hasta saberlo dormido, ella que ponía el gramófono a todo volumen tal vez esperando encontrar en él a un cómplice para luchar contra Palmira...

—Sufre mucho, ¿verdad?

Y la chica calla porque existen dolores que ni siquiera encuentran palabras para nombrarse.

—Debe de ser ella quien guarda el secreto.

—¿Por qué ella?

—No lo sé, pero supongo que su encierro y la rabia de Palmira —Rogelio evita llamarla abuela— se deben a un secreto que pertenece a mi tía y del que no se habla.

—Lo arreglaremos —asegura Lisseta.

Ha retumbado contra las viejas vigas de madera como una promesa, como el juramento de Lagardere. Y Rogelio cree que lo hará. Aquella chica, la dueña de su primer beso, la bailarina encarcelada en el Beaterio, curará a la tía Josefina mejor que don Tirso.

Liseta había tejido un plan que comenzó la noche siguiente, cuando Rogelio subió un cordel, una libreta pautada y un lápiz que, humedecido en la lengua, pintaba con tinta añil.

Querida Josefina, me llamo Liseta y vivo desde hace unos días en el desván. Rogelio me ha escondido aquí para librarme de las monjas del Beaterio. Soy bailarina y quisiera ser amiga suya.

Con su letra picuda de colegiala, Liseta escribe tan sólo cuatro líneas, arranca la hoja, la convierte en un tubo hueco del mismo tamaño que tiene el agujero del suelo, luego le ata el cordel y deja que baje hasta colocarse a la altura de la mujer sentada, como siempre, en la mecedora de cerezo. Espera hasta que ella, como si despertara, lo recoge, desata el nudo y lo lee. Después mira hacia el techo y calla.

La debilidad de tantos años enfrentándose al muro implacable de su madre y a un dolor prohibido han confundido los tiempos. Josefina ha leído aquella nota como si fuera una de las muchas que Juan, el maestro, dejaba bajo la piedra del lavadero todos los días, cuando el mundo aún ofrecía futuro y esperanzas. Cuando se juraron amor eterno.

—Bueno, ya hemos comenzado —se dice Liseta.

A veces los niños son expertos en dominar el destino, tal vez porque desconocen el poder descomunal de la desgracia y la conjuran con juegos, con espadas de madera y pasos de baile recién inventados. Cuando la breve carta llegó hasta Josefina, los pasos del destino se pusieron almohadillas para no asustar a los guardianes de la cárcel.

Han pasado tres semanas desde que las monjas llamaron alarmadas al obispo primero, al cuartelillo después, para anunciar la desaparición de una de sus recogidas. Mayo anda queriendo florear sin que lo permita esa lluvia fina y pertinaz como un velo de luto gris sobre todos. Los vecinos ya no salen en cuadrillas de hombres armados con hoces y palos; los guardias fingen continuar la búsqueda sin esperanza de hallar ni siquiera el cuerpo de la niña y han soltado a Rubén, con las barbas y las greñas del pelo tan afeitadas que el frío ha inundado su cerebro y sus miedos. Dijeron que no valía ni el rancho de harinas que le daban a comer.

Todos han decidido que María Auxiliadora no regresará al cuarto colectivo del Beaterio, a las clases de religión, a la larga fila de niñas paseando por el acantilado. «Tira al monte, como su madre», sentenció una de las monjas y las más jóvenes se hacían cruces sobre los hábitos. No se equivocan, ahora Lisseta ha renacido y permanece larvada en un desván, a la espera del momento en que desplegará sus alas bailarinas de mariposa.

Aunque tenga que buscar otra tierra, aunque tenga que separarse de su primer beso.

Mientras, Rogelio y Andrés regresan a la escuela, preparando ya los días de vacaciones, cuando el maestro artrítico, mal vestido y gruñón, tomará vacaciones oficiales y regresará a una aldea desconocida. Andrés no se separa de su peonza, único tesoro real de toda su vida y Rogelio continúa compartiendo pan, membrillo y chorizos robados con el niño de permanentes mocos, con la lavandera, también con Rubén.

—No les dije nada.

Dice el loco que murió en África; lo repite cada tarde, cuando siente sobre sus manos el breve peso del pan blanco.

—Eres un valiente.

Contesta Rogelio sintiendo una extraña calma en su interior imitando los cielos plomizos, densos y sin brisas, mientras se empapa, como todo y como todos, con esa lluvia casi invisible, de mortaja. Ya no lo estremece el miedo, aguarda un combate sin fechas con la espada de madera presta a defender el beso recibido de Lisseta.

Las tardes se van alargando, aumentan los días y, pese a la mollizna, se anuncia el verano, tiempo de recoger patata: la diosa capaz de decidir si el próximo invierno serán muchos quienes mueran de hambre, quienes emigren con maletas de cartón desde el puerto coruñés. Patata y centeno que con tanto chubasco saldrá envenado de cornezuelo. Hambre para niños como Andrés, hambre como una maldición que no logran remitir las procesiones ni los rosarios. Rogelio lleva toda su vida con hambre de cariño, de abrazos y de besos.

Aquellas tierras cultivan hambre como otras cultivan alegría y risas.

Cuando las primeras sombras protegen a los muertos del cementerio, Rogelio regresa al pazo y trata de no mostrar la impaciencia de las horas que restan hasta que pueda subir al desván.

—¡Hoy hemos hablado!

Las mejillas de Lisseta andan incendiadas de impaciencia.

—¿Quién?

Rogelio pregunta como si fuera posible entablar conversación con los viejos trastos, con los embutidos, con los arcones del desván. Tal vez existan fantasmas sólo visibles para la bailarina.

—Con tu tía, tonto.

Toma impaciente su brazo y lo lleva hasta un rincón porque para las conversaciones importantes siempre se buscan lugares protegidos de todas las miradas, también de la curiosidad de los fantasmas y los espíritus.

—Esperó a que tu abuela saliera del pazo, se subió a la silla y acercó todo lo que pudo su boca hasta la rendija...

El pañuelo de flores y el aliento envuelven a Rogelio, lo acunan y lo transforman mientras lo transportan al limbo de los cielos sin peligro donde andan siempre vigilando los rostros de las madres para evitar las heridas a sus hijos.

—Me dijo que hablaría con don Tirso.

Se tensa el cuerpo del chico presintiendo ausencias y recibe el abrazo de Lisseta y un beso en la mejilla. La piel se quema bajo aquella caricia, imagina que Lagardere sintió lo mismo cuando Aurora lo premió con sus besos.

—No te preocupes, es de fiar. Él también fue rojo, como tu tía...

«¿Dónde llevarán la marca “los rojos”?», se pregunta Rogelio incapaz de distinguirlos por más que el cura, desde el púlpito, hable de ellos como de diablos con rabo, cuernos y rodeados por un intenso perfume azufrado.

—Yo le conté que me había escapado del Beaterío porque pensaban ponerme a servir en la casa de algún rico. Le dije que tu ayuda fue decisiva,

¿sabes qué dijo?

Lisseta hace una pausa y busca los ojos brillantes de Rogelio antes de proseguir.

—Sonrió, dijo que eras un gran chico, que serías un gran hombre... Como tu padre.

Rogelio recuerda la cara triste del capitán Teodoro, su cuerpo quebrado por la falta del brazo izquierdo, sus escasas palabras, sus ausencias... No se reconoce en el capitán. No entiende las palabras de tía Josefina.

—Creí que mi tía no respetaba a mi padre, que prefería no verlo.

—Bueno —la chica se encoge de hombros—, los adultos son muy raros, supongo que por haber vivido mucho y guardar muchos secretos, pero te aseguro que no había ni rabia ni odio en esa comparación.

Lisseta no le cuenta que había amor y nostalgia en los ojos de la prisionera para evitar que el recuerdo de la madre muerta enturbie su cariño por Josefina. Tal vez toda la sombra que pulula por el pazo se esconda en esa mirada de amor.

—¿Qué vais a hacer?

—No lo sé, pero algo se nos ocurrirá. Y será pronto.

Se levanta y no logra evitar que sus pies descalzos dibujen pasos de baile. Rogelio la siente inquieta como un gorrión a punto de remontar desde el nido su primer vuelo.

—Vais a marchar.

No es una pregunta. Tan sólo la constatación triste de un huérfano a punto de regresar al viejo desamparo. Lisseta presiente a su espalda toda la tristeza de su amigo y se acerca de puntillas, toma sus manos, ardiendo por la fiebre, acerca su boca hasta casi rozar el rosado pabellón de su oreja.

—No temas, no te dejaremos.

—Sí, es necesario que marchéis lejos —el valor de Lagardere se ha impuesto—, tan lejos como sea posible, hasta un lugar donde no alcance el bastón de Palmira... Hasta un lugar donde tú puedas bailar.

Ella lo mira sorprendida, como si no fuera el mismo Rogelio que llevaba pan y membrillo al cementerio, como si, de golpe y en un segundo, se hubiera transformado en un hombre, uno de aquellos heroicos y arrojados que poblaban las novelas rosas leídas por las mayores bajo las sábanas de sus camas en alargadas hileras, allá en el Beaterío. Nota los latidos nuevos y fuertes de su corazón, el rubor en sus mejillas y recuerda en ella los mismos síntomas de las compañeras cuando imaginaban a esos personajes convertidos en carne y a su lado.

—¿Y tú?

Pregunta ella temiendo, por primera vez, perderlo en algún recodo de su futuro exilio.

—Cubriré vuestras espaldas.

Lo hará, con su espada de madera, con los puños, con los dientes... Con ayuda o sin ella. Y Lisseta lo sabe, con la certeza de las niñas que ya son mujeres. Se siente segura a su lado. Mucho tiempo más tarde, se preguntará si no fue todo aquel batiburrillo de sensaciones en el rincón del desván lo más parecido al amor descrito por los novelistas.

En cambio, Rogelio ya puede deletrear esa palabra con la absoluta certeza con que los marinos recuerdan la ruta de regreso a casa. La ama. Guardará, durante el resto de su vida, la certeza de haberla amado.

Tres días después de aquella promesa en el desván, Rogelio escucha el murmullo de una conversación en el cementerio, justo al lado de la tumba materna, el lugar donde, sin acuerdos ni citas, lo espera Rubén todas las tardes, llueva o granice, acuda o no, para recibir en sus manos el trozo de pan que borra, un poco, las sombras donde habita desde aquel remoto día en el Barranco del Lobo. Un día que siempre es presente. El único presente real.

Antes de haberse transformado en un espadachín, antes de haber recibido el beso de Lisseta; antes... cuando aún era un niño, Rogelio habría huido. Ahora vive alerta, vigilando cualquier peligro capaz de arrastrar a su dama de vuelta a la cárcel del Beaterío; por eso, jugando al escondite entre los cipreses y los matojos, se acerca hasta el ronroneo de palabras: Rubén y don Tirso, sentados sobre el mármol blanco de la tumba de Cristina, charlan con la tranquilidad de viejos amigos.

—¿Traes la merienda, Rogelio? —pregunta el médico, sin volverse, alertado por el ruido ya imprudente de sus pasos. Sin que se hayan producido cambios aparentes en la vida del pueblo, todos se comportan como si hubiera pasado un huracán por sus vidas.

—Sólo para Rubén.

—Bien.

Y en ese asentimiento de médico, Rogelio cree escuchar permiso para otros asuntos, esos que tal vez no se mencionen. La mirada del loco se vuelve, golosa, hacia el muchacho y extiende sus manos, cuencos primitivos. Después parece olvidarlos mientras su boca sin encías convierte en dulce la miga blanca del pan.

—Deberías traerle leche, una dieta a base de pan no es suficiente. —El médico sonrío ante la felicidad de Rubén, que gravita entre la masa dulce del pan como un ángel sobre las nubes—. Aunque, bien mirado, ningún otro alimento resulta más humano, sobre todo en estos tiempos.

—¿Cómo sabía que...?

—Lisseta.

Todas las alertas se despiertan en Rogelio, se endurece su espalda y, casi sin darse cuenta, lleva sus manos al lugar donde Lagardere hubiera buscado

su espada.

—Tranquilo, estoy en el secreto. No tenemos mucho tiempo, rapaz, y aún quedan muchos detalles por terminar...

—¿Por qué no hay tiempo?

—La mejor oportunidad para salvarlas es el barco que partirá pronto desde La Coruña. —¡Los números del almanaque cobran sentido! Como Lagardere, sabe que la suerte ha jugado su partida—. Para empezar necesitamos que te pongas enfermo.

—¿Enfermo?

—Bueno, basta con que lo parezca. Lisseta te dirá cómo.

Recuerda entonces el chico aquella receta de la interna en el Beaterío para fugarse fingiéndose enferma, guijarros bajo los sobacos y una buena ración de ceniza, pero ¿para quién fingirá la enfermedad?

—Pasado mañana, como muy tarde, tendrás que amanecer con fiebre y cuando Cándida suba a levantarte le dirás que te duele todo el cuerpo. Será suficiente porque la fiebre alarmará lo suyo.

—¿Y qué harán?

—Me llamarán a mí.

—¿Y si buscan a otro médico?

—Soy el único del pueblo. Además, Josefina —evita el tratamiento del parentesco— pedirá que me llamen...

—Pero la abuela...

—Ella aún conserva algún privilegio con respecto a ti. —Levanta la mano para evitar la pregunta que baila en los labios de Rogelio—. Ahora no importan las razones. Me llamarán y yo hablaré con tu abuelo.

—Mi abuelo no habla con nadie.

—Hablará.

Jamás imaginó el chico tanto poder como el que ahora parece mostrar aquel hombre de chaqueta deshilachada y camisa a punto del desgarró.

—Ha llegado el tiempo de despertar.

También don Tirso actúa como si le hubiera nacido un espadachín dentro del cuerpo enflaquecido.

—¿Lo harás?

—¿Qué van a hacer?

—Sí, tienes derecho a saberlo, porque has ayudado a Lisseta y por otras razones que no me corresponde a mí contarte, aunque pronto las conocerás. Josefina debe huir a un lugar donde la vida no sea un encierro y encuentre el modo de volver a ser la mujer que fue. —Guarda un momento de silencio,

recordando tal vez la bella muchacha llena de rebeldía de quien se enamoró años atrás sin esperanzas—. Y, de paso, que Lisseta tenga también su oportunidad. Y tal posibilidad no está en nuestras tierras, han de tomar ese barco.

—Para bailar.

Rogelio no puede imaginarse a Lisseta sin vincularla a los pasos de baile, a la necesidad que ella siente por bailar, tan imprescindible como el aire para respirar.

—Alguien ha de ver cumplidos sus sueños alguna vez. Ya son muchos los deseos asesinados en nuestra tierra...

—Muertos, todos muertos —murmura el loco recién despertado de su sueño dulce que le regala el pan.

—Aún no, Rubén, aún no. Al menos lo intentaremos.

Don Tirso recuerda, como si estuviera viéndola ahora, una pintada en tinta roja leída en un muro del Madrid sitiado del treinta y ocho, muy cerca del hospital donde él intentaba detener la muerte que rondaba rabiosa por la ciudad.

«Si luchamos, podemos perder. Si no luchamos, estamos perdidos».

—Lucharemos —murmura sólo para su recuerdo.

—No disparé ni un solo tiro —contesta Rubén desde la bruma de su propia pesadilla.

—Todos hemos vivido un Barranco del Lobo, amigo mío. Tengo que irme.

Don Tirso se levanta, posa su mano derecha sobre el hombro del loco, lo aprieta brevemente, después vuelve la vista sobre Rogelio.

—Esos ojos, muchacho, esos ojos... —Luego el hombre que acaba de renacer de sus propias cenizas movido por la esperanza, recuerda algo y se vuelve a Rogelio—. Un día, cuando pase esta tormenta, cuando tengamos que acostumbrarnos a estar sin ellas...

—Sin ellas —repite el chico como si pudiera acostumbrarse a una ausencia que ya duele.

—La vida es una larga sucesión de despedidas —mueve la cabeza el médico para esquivar los nubarrones—. Bueno, pues entonces buscaremos una buena tarde de domingo y te enseñaré el lugar donde debió de estar el Paraíso...

—¿Cuál?

—Tienes razón, eres tan listo como ella —no especifica a qué ella se refiere—. Cualquier paraíso soñado o prohibido... Déjalo, si me da por filosofar estamos perdidos —ríe y es la primera vez que Rogelio lo ve reír—. Te llevaré a conocer la Carballeira de Quiroga, donde conviven castaños y robles en un bosque único. Son como una parábola de convivencia, como si rojos y azules vivieran en la misma casa.

—¿Sin guerra?

—Algún día habremos de perdonarnos. Todos. Perdonarnos y compartir tierra y dolores.

Rogelio recuerda la mirada baja de Lola, la lavandera, el rencor en la madre de Andrés. Se pregunta si se puede perdonar así, sin más, como árboles de un mismo bosque.

—Incluso amores —sonríe triste don Tirso.

—Amores —repite Rogelio, sintiendo burbujas de beso en los labios.

—Esos ojos, muchacho, esos ojos... —repite a modo de despedida don Tirso.

El chico no se atreve a preguntar qué esconden sus ojos y que él no logra ver cuando escudriña en los espejos. Lo ve alejarse con el paso decidido de quien conoce con exactitud su misión y avanza decidido a cumplirla. El médico ha rejuvenecido, ha recuperado una seguridad desconocida. Se ha transformado. También Rogelio.

—No estamos muertos, Rubén —afirma sentándose a su lado y dejando que pasen los minutos, retrasando la vuelta al pazo, a la mirada inquisitiva de Cándida, a la mirada gris y fría de Palmira, a las horas que aún habrá de aguardar antes de subir al desván. Se han transformado, el loco y el muchacho, en dos figuras de piedra por entre las esculturas quietas del cementerio.

—¡Eh, chis, eh!

Rogelio despierta de golpe. Sin atreverse a ponerse a la vista del loco, Andrés lo busca y le hace señas con la mano cuando se da la vuelta.

—Tengo algo que enseñarte. Ven.

—Me voy, Rubén. Mañana te traeré un poco de leche.

No encuentra respuesta. Como tantas veces, el hombre que murió en África se esconde en un refugio de afasia donde nadie, salvo sus fantasmas, se cobija.

—Creí que te daba miedo el cementerio.

—Y me lo da. —Andrés se sorbe un resto de sus permanentes mocos—. La compañía de los muertos es sólo para los muertos y puede andar alguno

deseando llevarse con él nuevos vecinos.

—No seas tonto, hombre, los muertos son inofensivos.

—Ya, porque tú lo digas.

Andrés piensa que los ricos son bastante tontos y creen que todo, incluidas las maldiciones y los prodigios, puede comprarse con su dinero. Ha escuchado demasiadas historias de la Santa Compañía, de muertos que no quieren morir y andan buscando vivos incautos, como para fiarse de Rogelio.

—¿Qué quieres?

—Enseñarte algo. —Y le brillan los ojos—. Algo que no has visto en toda tu vida de rico.

Tal vez Rogelio no sepa nunca que aquél es un regalo tanpreciado para Andrés como la peonza de madera.

—¿Qué?

—Espera y verás.

Andrés conoce el bosque de memoria, lo ha convertido en su hogar, un lugar donde no existe una madre cansada, con las manos agrietadas y el corazón paralizado por el miedo, donde no hay que vigilar cerdos capaces de comerse las paredes de la pocilga. Un lugar donde puede reinar. Sus pies han conseguido volverse duros como suelas de las mejores botas, ni siente los arañazos, ni el frío, ni las piedras. A Rogelio, pese a sus buenas botas, le cuesta seguirlo, especialmente esa tarde que parecen ir subiendo por entre un muro de sombras, tan altos y frondosos son los árboles. Cuando por fin llegan a la cima, Andrés elige una pequeña atalaya donde rocas que les triplican la estatura han compuesto algo parecido a una cueva.

—La guarida de los gigantes —señala ufano el niño descalzo—. Dicen que al principio de los tiempos estas tierras estaban habitadas por guerreros gigantes invencibles.

—¿Y qué pasó?

—Murieron. —Y se encoge de hombros siguiendo la lógica de lo inevitable.

—¿No eran invencibles?

—Psss, pues sí, pero sólo si luchaban abiertamente.

—Entonces.

—Bueno, quienes los vencieron eran débiles de cuerpo, pero taimados como raposos, así que terminaron con ellos a base de trampas y mentiras.

Rogelio piensa que Lagardere, el mejor espadachín de París, también sabe defenderse de las mentiras y las trampas, tal vez los gigantes carecieran de cerebro.

—Y ahora no hagas mucho ruido —ordena Andrés mientras achica los ojos buscando algo en el monte que se observa justo enfrente, un poco más bajo, casi despoblado de árboles donde un manto verde oscuro cambia de color movido por la brisa.

—¡Allí, mira!

La uña negra del dedo índice señala un lugar donde Rogelio no logra distinguir nada.

—¿Dónde?

—¿Ves aquel tronco caído?

A la izquierda del prado, inclinado como si fuera a deslizarse ladera abajo, un inmenso tronco ennegrecido se muestra en todo su desastre. Entonces una figura anaranjada emerge desde su interior y cuatro figuras más pequeñas la siguen. Por entre las nubes se abre paso la luz del sol a punto de extinguirse y el cuadro de cinco figuras brilla como espasmo de fuego correteando por el verde oscuro.

—Es una raposa, y tiene cuatro crías.

Andrés se siente importante mostrando el tesoro de aquel cuadro familiar como un navegante mostraría, orgulloso, las playas de un nuevo continente recién descubierto. Permanecen quietos mientras la joven zorra se sienta sobre sus patas traseras observando los alrededores y los cuatro cachorros eligen sitio para alimentarse.

—Que no te vea mirarla —ordena Andrés.

—¿Por qué?

—Porque si te siente los ojos huirá.

Rogelio piensa en su madre, en la imagen amarillenta de aquel retrato que pocas veces se atreve a encarar con calma por temor a sentirse aún más culpable de su muerte. Envidia a los cuatro zorros disputando el alimento y se le nubla la mirada con lágrimas detenidas y dolorosas.

—Son mi tesoro. No te creas que es fácil descubrir una madriguera de raposos, ahora tengo que pensar en el lugar donde colocaré una trampa y esperar... Se paga bien la piel de raposo, y además evitaré que bajen a la aldea durante el invierno y roben huevos y gallinas...

—¿Cuánto?

—¿Cuánto, qué?

—¿Cuánto te pagan por la piel?

—Pss, no sé...

—Te la compro.

Andrés mira sorprendido al chico rico del pazo. Le nace, de nuevo, un nudo de rabia y envidia en el estómago capaz de despertar sus viejos y casi olvidados rencores.

—¿Para qué la quieres?

—Te pago para que no pongas la trampa.

Si pudiera poner palabras a la rabia, Andrés escupiría su impotencia al niño rico gritándole que no todo se puede comprar, sobre todo los buenos sentimientos, esos vedados a los pobres porque han de pensar en sobrevivir como sea.

—¡No! ¡No me da la gana!

La negativa es tajante, fiera y directa como un tajo de matarife. Ignora si logrará cazar a la raposa y sus crías, pero no está dispuesto a consentirle otro capricho a Rogelio. Él come todos los días, va bien abrigado, duerme en una cama de lana que no cruje como la suya fabricada con hojas secas de maíz, no vive pendiente del hambre del cerdo ni tiene una madre enferma de pobreza. Además, se ha adueñado de Lisseta.

—No —repite para convencerse porque teme verse privado de las meriendas.

—Te regalo mis botas.

Andrés las mira: relucientes, fuertes, capaces de resistir las embestidas de varios inviernos. Está casi a punto de ceder, pero, como un jugador suicida, decide que esta vez no será suficiente, Rogelio habrá de pagar con sangre la vida de la raposa y sus crías.

—Vale, si me las das ahora y vuelves descalzo.

Rogelio desata los cordones de sus botas, se las quita sintiendo que, de algún modo, salvando la vida de aquella madre, la deuda por la muerte de Cristina, en parte, queda saldada.

Sólo los niños cuentan con el valor necesario para saldar deudas, aún no han perdido enteramente el polvo de estrellas desde donde llegaron.

El camino de regreso se transforma en una dura prueba. Mientras Andrés piensa en que habrá de envolver con trapos sus pies para cubrir las tallas que le sobran y en los posibles golpes que lloverán de su madre temiendo las represalias del pazo, Rogelio siente cada piedra del camino, cada espina clavada en las plantas de sus pies como la prueba capaz de abrirle las puertas para ser un espadachín por derecho de sufrimiento probado. Para no llorar, imagina los pies de Lisseta volando sobre el suelo del desván, y su sonrisa y sus ojos verdes moteados de oro y las flores del pañuelo que cubre sus hombros.

—¿Ya no me darás merienda? —pregunta Andrés en el cruce de caminos donde han de separarse.

—Sí. —Y Rogelio lo mira desde los ojos enfebrecidos por el dolor de las heridas y la superioridad que le concede sentirse un espadachín obligado a cumplir siempre su palabra.

—¿Vendrán a quitármelas?

En la memoria de Andrés, en la de su madre, de todos sus antepasados, ha quedado grabada la huella del arretrato siempre atenazando sus gargantas, su ganado, sus siembras, sus deseos de cambio. «Si un pobre levanta la cabeza, los ricos vendrán a cortarla», sentencia su madre en el recuerdo del niño.

—Les dirás que me las diste por la piel de una raposa, ¿verdad?

Y Rogelio asiente con la cabeza porque no logra que las palabras salgan de su garganta. Piensa que ya no será necesario fingirse enfermo, que la fiebre le va subiendo desde los pies como si las heridas buscaran su corazón y su cabeza siguiendo el curso de sus venas abiertas.

—¡Virgen santísima!

Cándida se lleva las manos a la cabeza y repite jaculatorias para contrarrestar el asombro ante los pies de Rogelio.

—¿Y qué dirá tu abuela? Tú lo que quieres es matarme a disgustos, que andas como un salvaje por esos montes en compañía de no se sabe quién, aprendiendo maldades... ¡Ay, Señor! Si es que no se puede criar a un hombre a las faldas de una vieja y una criada, que necesitas un padre para ponerte firme y enseñarte...

Cándida frena las quejas, Rogelio se ha desvanecido. Su cabeza ha golpeado la mesa de la cocina, vencida como un pájaro muerto en invierno. Sus gritos han llamado a la guardiana del pazo que aparece ahora en la cocina, apoyada en el bastón, conteniendo su ira en el frío metálico de sus ojos y todas las carnes de la criada se ponen a temblar.

—¿Qué demonios haces ahí parada como un pasmarote? Prepara agua caliente con hojas de caléndula.

Durante las horas siguientes, la cocina se transforma en una cueva de sanación: le desinfectan los pies con agua templada y pétalos de caléndula que la criada y Leal recogen en las lindes del huerto, después Cándida improvisa vendas con restos de una sábana que va desgarrando con sus manos en largas tiras y, tras untarle las heridas con grasa de cerdo, las envuelve entre blancas tiras de algodón. Por último, comprueba el calor de su frente.

—Esperemos que no se infecten. —Y en sus ojos el chico cree ver un gesto de madre comprobando el sueño del hijo.

—¡Mala hierba...! —murmura la abuela alejándose.

—¡Bruja!

No ha podido evitar el insulto Cándida, que recoge el cuerpo de Rogelio contra su fuerte pecho y lo sube en brazos hasta la cama.

Rogelio intenta no dormirse y contempla sus pies como si ya no le pertenecieran, perdidos en el campo de batalla, tan sólo restan dos muñones doloridos. Ahora también él se siente mutilado y probado en el campo del honor. Si tuviera fuerzas, levantaría su acero y gritaría el juramento de Lagardere.

—Ya no necesito fingirme enfermo.

Piensa, a medias feliz, mientras se le van borrando las paredes del cuarto y cree escuchar una llamada en sueños, una pregunta inquieta. Después, cuando el silencio se posa sobre el pazo, el chico baja de la cama apoyándose en las palmas de las manos, tendrá que subir arrastrándose hasta el desván; ni se le ocurre faltar a la cita de todas las noches.

—¿Qué te ha pasado?

Y los brazos de Lisseta recogen al herido. Rogelio desea permanecer así para siempre, contra el cuerpo de la bailarina, cobijado entre sus brazos, acariciado por los rizos rojos de su melena... La felicidad se muestra simple y prohibida, escondida en gestos como aquél.

—Tu tía está muy preocupada. Ven, vamos a tranquilizarla.

De nuevo se arrastra hasta el pequeño agujero abierto entre la madera. Ya no sabe si le duelen los pies o el alma recién despertada por el abrazo de la bailarina.

—Josefina —la llama con la confianza de las hijas, con la complicidad de las mujeres compartiendo lavadero—, está aquí.

—¿Qué pasó?

La mujer ha subido sobre la silla y trata de acercar cuanto puede la boca al agujero. La voz le tiembla, como en los remotos días, cuando vigilaba tras la pared las fiebres infantiles del chico.

—No es nada —jamás se ha sentido tan cuidado—, me arañé los pies en el monte porque le di las botas a Andrés...

—¡Estás majara! —Pero no existe reproche en Lisseta—. Podías haber esperado a tener otras a mano, o dárselas en casa...

—Era urgente.

Rogelio no dirá más. Aprende rápido a cuidar sus propios secretos, mentiras para proteger a otros. Sonríe sin percatarse del gesto, sintiéndose, más que nunca, Lagardere.

—Pues así no necesitarás fingirte enfermo —concluye Lisseta.

—No puedo irme antes de que se cure.

—¡Jamás! —Las dos mujeres se asombran ante la nueva fuerza del huérfano—. Yo estoy bien y vosotras no podéis arriesgar la fuga. En cualquier momento descubrirán a Lisseta... Y el barco...

No entiende cómo puede renunciar a la libertad tía Josefina, pero él no permitirá que su bailarina corra el riesgo de regresar al Beaterío.

Las polillas del desván permanecen quietas. Decenas de mariposas pardas aletean buscando un punto de luz y calor, rodeando las cabezas juntas de los chicos concentrados en la abertura que comunica con la cárcel de Josefina.

—Vaya, parece que tendremos sorpresas —dice Lisseta comprobando sus rizos casi llenos de mariposas—. Mi madre dice que anuncian cartas y novedades.

—Y desgracias —murmura Josefina.

—Lucharemos contra ellas, lucharemos contra todos, ya no podemos conformarnos...

A Rogelio le ha subido la fiebre: habla el delirio por su boca. Sin embargo, en medio del fuego que comienza a consumir sus intestinos, su garganta y su frente, anda naciendo el espadachín que no necesita acero para defender ni a su dama, ni a esa urgencia por ajustar cuentas con la vida.

—Te vas haciendo un hombre, mi pequeño.

Lisseta mira los ojos de Josefina y abre la boca. Siente algo parecido a una revelación al comprobar la exacta mirada de Rogelio en los ojos de la mujer.

—¿Tú...?

—Calla, Lisseta, ahora no. Ya sufre bastante sabiendo la soledad que le aguarda.

—Se ha dormido.

—Se ha desvanecido, imagino que arderá... ¡No puedo irme ahora!

—Aquí lo cuidarán. —Tiembla Lisseta viendo cerrarse las puertas de la libertad.

—Tranquila, muchacha, sola o acompañada, tú saldrás de esta tierra. Te lo prometo. Y ahora trata de despertarlo, dale agua y ayúdalo a salir del desván.

Lisseta obedece, moja su pañuelo de flores con agua y seca el sudor del rostro de Rogelio, luego lo ayuda a beber. El chico abre los ojos.

—Vaya, estoy soñando...

Jamás olvidará Lisseta ni la sonrisa feliz que transformó su rostro, ni la mirada brillante y dorada como dos soles al amanecer; en ellos se ve, por primera vez, como una mujer hermosa. La más hermosa. En el futuro, cuando el desánimo, el miedo o la pena abracen su cuerpo hasta dejarlo aterido, se aferrará a este recuerdo y repetirá la sonrisa de Rogelio entre brumas de fiebre enamorada.

No resulta fácil mover el cuerpo desmadejado del chico. Se pregunta cómo hará para devolverlo a su cuarto. Al abrir la puerta del desván, los dos tropiezan con el abuelo Luis. Sin palabras, ciego ante la chica asustada que tiembla temiendo las represalias, el hombre recoge el cuerpo de Rogelio y lo lleva, acunado, hasta la cama. Durante el resto de la noche, vigilará el sueño agitado por la fiebre, también por el rostro de Lisseta, por sus ojos verdes y el rojo incendiado de sus cabellos.

—Cándida, llama a don Tirso.

Si la criada no cae al suelo es tan sólo porque el pánico la tiene inmovilizada. Aquel hombre silencioso como una roca, sentado a la cabecera de la cama le ordena llamar al médico. No recuerda cuándo fue la última vez que escuchó su voz.

—Vamos, a qué esperas.

—Sí..., sí, señor... ¿La señora?

—¿Necesitas que ella te dé la orden? Si no recuerdo mal, el dueño del pazo sigo siendo yo.

Cándida baja corriendo las escaleras mientras se hace cruces y murmura jaculatorias, «algo muy gordo, muy gordo nos pasará a todos, ¡Virgen santísima! Que no era normal tanto despropósito, no señor...». Recoge su toquilla y corre como alma que lleva el diablo en busca del médico, sorda a todo cuanto no sea la orden de don Luis —el viejo recupera el tratamiento en los pensamientos de la criada—, no escucha ni el bastón ni las voces de Palmira.

Desde ese momento, los acontecimientos se precipitan como una cascada salvaje que hubiera estado contenida por un muro ahora derribado. Palmira intenta controlar la situación, hacerse con las riendas de un poder escabulléndose por momentos. Todo queda frenado ante la mirada dura y amenazante que descubre en el marido.

—¡Se acabó!

Y con tan escueto discurso, frena el hombre todo intento de la mujer por recuperar el dominio sobre hechos y personas.

Cándida regresa acompañada por el médico y su viejo maletín, tan ajado como sus chaquetas y sus camisas. Nadie reconocería hoy al hombre derrotado que entraba en el pazo pidiendo permiso, con la mirada baja y los pasos temblones. Ahora don Tirso ha recuperado sus mejores momentos, aquellos que lo llevaban a curar heridos en improvisados hospitales de Madrid, bajo las bombas, sin medios y luchando contra la muerte como si fuera un asunto personal entre el médico y la parca.

—¿Es grave?

—No, le han hecho una buena cura, basta con que Cándida busque en la botica los polvos que le receté. Sería bueno conseguir penicilina...

Palabra casi prohibida. No existe en las boticas, tan sólo en el mercado negro, tan sólo al alcance de quien tenga dinero suficiente para pagar a precio de oro algo tan imprescindible.

—La tendrá.

El abuelo baja a la cocina, busca a Cándida, que ya sale en busca de la receta escrita por don Tirso.

—Antes de comprar la receta hablarás con Genaro...

—¿El sargento del cuartelillo?

—El mismo. Le dices que te envío yo, le entregas esto —extrae un billete de cinco pesetas del bolsillo que Cándida mira como si hubiera sacado dos conejos de una chistera— y le dices que consiga penicilina. Hoy mismo y él personalmente.

Si la criada había imaginado el poder de Palmira, ahora calcula que este hombre, piedra y silencio durante años, aún cuenta con mucho más imperio que su mujer. Ni siquiera se atreve a coger el billete.

—¿A qué esperas?

Baja la cabeza la criada, se envuelve en su negra toquilla y corre en busca del cuartelillo.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—Lo que hace años debí hacer, Palmira. Mejor te encierras en tu cuarto y finges que ni ves, ni oyes, porque en breve se acabará la maldición que tú impusiste sobre todos nosotros.

Si alguna duda le quedaba a la mujer acaba de despejarla la autoridad recuperada de aquel hombre que luchó en el bando equivocado, vio morir a sus amigos, perdió la capacidad para rebelarse y permitió que Palmira

cometiera todas las tropelías en razón del bando elegido por ella. No hizo nada cuando sus hijas salvaron lo que pudieron y vio en la muerte de Cristina, en el robo del niño y el encierro de Josefina, un castigo más a su propia debilidad. Ahora la valentía de su nieto y aquella chica que bailaba todas las noches en el desván como si pudiera dibujar un nuevo mapa para su futuro habían despertado de nuevo al león de otros tiempos.

—¿Conseguiré la penicilina?

—Aún me quedan ciertos poderes, Tirso.

Y recuerda su silencio para no delatar a Genaro cuando cambió de uniforme y traicionó su lealtad a la República; un silencio que ahora pagará con penicilina.

Silencios y secretos circulan por las venas de todos los envenenados.

Mientras esperan el regreso de la criada, el médico visita a Josefina y el abuelo busca en su cuarto papel blanco, sobres y su vieja pluma. Ha de escribir tres cartas: una al capitán Teodoro, la otra viajará hasta Argentina, la tercera la guarda escribiendo en el sobre: *Entregar a Rogelio tras mi muerte*. Cuando termina entra en el cuarto de su hija encerrada.

—¡Papá!

Sin mediar otra cosa que los ojos desorbitados de Josefina y los brazos abiertos del padre, ambos se funden en un abrazo capaz de borrar los años, los mutismos, las mentiras, las ausencias y las traiciones.

—Perdóname, hija.

—Todos fuimos cobardes.

Don Tirso comienza a comprender que ahora sí, ahora todo saldrá bien. El viejo león ha despertado y abrirá las puertas del castillo para dejar libre a la princesa, tal vez para ofrecer una vida con luz al niño huérfano.

—Todos hemos sido mutilados. —El hombre seca las lágrimas de Josefina—. ¡Esos ojos!

—Como los suyos.

—Por más que tratemos de enterrarla, la verdad, como el agua de los ríos, busca el cauce que le corresponde. —Se separa del abrazo, limpia una lágrima y se yergue como la torre de años atrás—. Ahora no tenemos tiempo, hija. De momento Palmira se agazapa, pero puede recuperarse demasiado pronto, nuestras fuerzas son limitadas. Y faltan días para que el *Rosiña* zarpe desde La Coruña.

—Al menos ahora lucharemos —afirma el médico recordando de nuevo aquella pintada de Madrid: «Si luchamos, podemos perder. Si no luchamos, estamos perdidos».

—En cuanto pongas la inyección a Rogelio...

—¡Mi niño! —suspira Josefina.

—Creo que le vendrá bien tu compañía.

No esperaba tanto la mujer y sus piernas se doblan aunque la debilidad dura sólo un instante para lanzarse al cuarto de Rogelio, abrazar su cuerpo enfebrecido, acariciar sus cabellos y ronronearle una nana casi olvidada.

—Decía que en cuanto llegue Cándida y la infección del chico no corra peligro, tendrás que marchar hasta La Coruña y llevarle una carta al capitán Teodoro.

—¿Por qué él?

—Porque nos ayudará. —Las dudas y el miedo en los ojos del médico no detienen al abuelo—. Lo hará. También él ha sido víctima en todo esto. No creas que ganó todas las guerras, lo derrotaron en la más importante.

—Puede denunciarnos.

—No lo hará. Tal vez él también lleve años esperando este momento.

Don Tirso calla. No permitirá que los viejos temores vuelvan a ser dueños de su vida.

A primera hora de la tarde regresa Cándida, aún suspendida entre la sorpresa y el susto. Regresa apretando contra su pecho tres ampollas de penicilina con la misma reverencia con que llevaría el sagrado viático a un moribundo.

Desde ese momento, en el pazo, sin la presencia visible de Palmira, todo se sucede como en una de esas películas que Lisseta veía con su madre: sin pausas y deslizándose sin un solo fallo, sin que ninguno de los personajes flaquee en su papel.

Lisseta ha salido del desván y vigila, al lado de Josefina, la fiebre de Rogelio que, de vez en cuando, abre los ojos sin terminar de saber si los rostros que lo rodean forman parte de la realidad o de un sueño.

Por momentos, la fiebre, o tal vez el deseo, prestan el rostro del capitán Teodoro al caballero Lagardere; brilla su espada contra los acantilados, defendiendo las amarras de un barco cargado de futuro, un barco al cual no subirá el valiente Lagardere... Lo que nunca logró saber Rogelio fue si la frase prendida en los labios rojísimos de Lisseta formó parte de la ilusión febril o fue una realidad susurrada a escondidas, como el aleteo de una mariposa contra su oreja: «Si te pierdo, búscame en África».

A las diez de la noche, Leal espera al médico con el carro preparado y el caballo descansado y fresco para recorrer a buen paso el camino hasta La

Coruña.

—Preparar vuestras cosas. Yo me quedo con el chico.

—Yo no tengo nada que preparar —afirma Lisseta, que se siente más tranquila en el cuarto.

Josefina no dice nada y entra en el lugar de su largo encierro. Le falta la parte más difícil: escribir una larga y dolorosa carta.

Cuando Lisseta cae dormida, sentada sobre la alfombra, con los brazos apoyados en la cama, el viejo sabe, con la certeza de quien ha vivido todas las derrotas, que ha llegado el tiempo de recuperar una parte de la justicia robada.

A las seis de la mañana, mientras los cielos tiñen de rojo las nubes de la noche, el ruido de un coche rompe el silencio del pazo. Palmira, que también ha velado toda la noche, no la cabecera del nieto sino el modo de poder frenar los acontecimientos, reconoce el coche y se cree salvada. El capitán Teodoro desciende y ve la mujer en la marcial figura del heroico mutilado su salvación del oprobio. No puede evitar un grito afónico cuando, tras el capitán, ve descender al médico.

El capitán mutilado levanta la vista hasta la ventana donde ella vigila. No necesitó más Palmira para saberse derrotada.

—Padre, dile que volveré y entrégale esta carta.

Josefina sabe que no volverán a verse, que no vivirá su padre el tiempo suficiente para que ambos se encuentren en esta tierra. Se han perdonado las viejas debilidades. El anciano podrá morir sin que los remordimientos le atenacen el último aliento, porque un gesto puede redimir casi todas las culpas.

—¿Conseguirás los pasajes?

—Dentro de una semana zarpará el *Rosiña* con dos pasajeras más. —El capitán mutilado, aun manteniendo la vieja tristura de viudo, ha recuperado la fuerza de otros días, cuando tenía fe en sus propias acciones—. Mientras, yo me encargaré de su seguridad.

—¿No me detendrán? —pregunta Lisseta.

—Estamos en buenas manos. —Josefina mira a Teodoro—. No te culpo de nada, tú también has perdido demasiado. Él —y los dos saben que hablan de Rogelio— siempre te ha querido y ahora va a necesitarte mucho más, ¿le hablarás?

—¿Qué le diré, que yo también participé en la mentira?

—Le dirás la verdad por una vez, que lo hiciste para salvarlo de algo peor. Terminará por entenderlo.

—Cristina lo salvó —murmura el capitán.

—Tal vez nos salvó a todos. —Josefina acaricia el rostro del mutilado—. La cercanía de la muerte le hizo ver más allá de nuestras propias miserias. Nos regaló a Rogelio, no lo olvides nunca.

Un nudo en la garganta del hombre frena las palabras que aguardan años. El viejo Luis recupera la cordura de la urgencia.

—Hija, recuerda, cuando desembarquéis en Argentina, ve a la dirección del sobre, mi viejo compañero os ayudará. Sé que lo hará.

—Y algún día, Rogelio tomará otro barco y vendrá con nosotras, ¿verdad? —pregunta Lisseta mirando al capitán como si en él estuviera la clave.

—Te lo prometo —asegura él—. Y ahora será mejor que nos vayamos.

—Cuídate, Tirso —se despide Josefina.

Evitan todos alargar los adioses fingiendo que aquello es sólo un viaje breve del que regresarán en unas semanas.

Cuando el coche gira en el patio cargado con dos fugitivas protegidas por un glorioso capitán mutilado del ejército vencedor, los muros del pazo crujen levemente. Nada volverá a ser como antes.

Dos días más tarde, sin que el médico y el abuelo hayan abandonado los turnos a la cabecera de Rogelio mientras Cándida preparaba sopas y emplastos sin escuchar ya a sus espaldas el bastón de Palmira, Rogelio abre los ojos sin fiebre, pálido, escuálido, pero recuperado.

—¿Qué pasó? —pregunta mirando al abuelo mientras intenta encajar las imágenes confusas agolpadas en un rompecabezas y sin distinguir cuáles pertenecen al sueño, cuáles al deseo, cuáles a la realidad.

—¿Han estado aquí?

—Josefina —el abuelo ha omitido el tratamiento de tía— y Lisseta te han velado durante la fiebre. Y don Tirso y Cándida... También tu padre. —Y pronuncia el nombre con orgullo.

—¿Dónde están?

—Esperando el barco que las lleve hasta la libertad. No temas, Teodoro las protege.

—¿Adónde? —Y la voz tiembla como un gorrión en mitad de la tormenta.

—Vivirán en Argentina. —Antes de que las palabras lleguen a cruzar el corazón del nieto, añade—: Donde tú irás pronto a reunirte con ellas.

África late en el corazón triste y aliviado de Rogelio.

—¿Y la abuela?

—Ya no podrá impedirlo.

—¿Y mi padre?

—Hablará contigo, tal vez sea él quien te compre el pasaje.

Rogelio no termina de comprender cómo es posible tanta transformación. Siente que los avatares del caballero Lagardere se han repetido ante sus narices y él ha permanecido dormido, viajando en el sueño de la fiebre, sin poder presenciarlos.

—Pero ¿cuánto tiempo llevo...? —No encuentra el nombre apropiado.

—Desmadejado por la fiebre, que no has perdido los pies de puro milagro, ¡diablo de hombre! —No lo ha llamado chico, ni niño—. Dos días.

—¿Sólo?

—Una riada dura unas horas y puede borrar todo un pueblo y hasta cambiar el perfil de los montes. Una tormenta apenas minutos y tragarse a cuanto barco surque las olas... La vida es así: como una semilla que se esconde durante meses, alguna durante años, para despertar en un segundo.

Rogelio mira, cree que por primera vez, los ojos del abuelo se parecen a los de la tía Josefina, pero andan velados por culpa de tanto silencio cómplice, porque hace años que debió abrir la jaula de «su gorrión», como la llamaba de niña, cuando Josefina inventaba historias sobre el futuro y él temía que se cumpliera en ella la profecía de que quien mucho sueña mucho pierde. Pardos, son pardos, casi miel, como los suyos.

Aún les quedarán días de preguntas y repasos, aunque el abuelo sabe que habrá de silenciar alguna respuesta hasta que pueda entregarle la carta que su hija le encomendó. La parte más dura de la historia le corresponde a Josefina.

Una semana más tarde, mientras un barco con nombre de mujer surca los caminos del Atlántico, el abuelo, con las manos entorpecidas y tratando de superar los temblores, entrega la carta a Rogelio.

—Ella me pidió que te la entregara cuando te recuperases.

El hombre regresa a su cuarto y Rogelio, sin saber bien el porqué de su elección, decide leerla en el cuarto de la tía Josefina.

—Ni se te ocurra entrar ahí.

La voz de Palmira recupera el acero perdido durante días y el bastón trata de frenar los pasos de Rogelio. Ninguno de los dos, mirándose desde el azul frío hasta el dorado, esperaba la presencia del hombre que aferró la mano de Palmira, tiró su bastón, enfrentó el hielo de su mirada y, sin alzar la voz ni bajar la guardia, dijo:

—Ya no podrás frenar los pasos del destino. Se acabó.

Rogelio se desliza hasta el cuarto, cierra la puerta tras de sí, se sienta en la mecedora que aún guarda el perfume a lilas de su tía y abre la carta.

Queridísimo Rogelio, hijo mío:

Nada tan difícil como esta carta, nada tan doloroso como alejarme de tu vida, por segunda vez, aunque ahora, te juro, regresaré para llevarte conmigo a un mundo un poco más justo donde pueda llamarte, a plena luz, hijo.

¿Cuántas veces mordí los labios para no gritarlo? Tantas como temí la venganza de Palmira.

Eres el fruto máspreciado del más inmenso amor que logres imaginar, ese sentimiento que ha nacido dentro de tu corazón por Lisseta y que tal vez crezca hasta convertirse en tu propia alma. Entonces entenderás cómo amé a Juan.

Nos amamos en tiempos difíciles, confusos, felices y amargos. Huimos del pazo, de Palmira y del sofocante olor a cera que prohibía nuestro amor: la hija rica de una casi aristócrata como tu abuela no podía casarse con un pobre maestro de escuela. Pero el amor lo puede todo, o al menos eso piensan quienes aman. Huimos, con el permiso de tu abuelo, a Madrid. Corría el año 35 y creímos que todo iba a cambiar y que las flores cubrirían el largo cementerio de nuestra tierra.

Estalló la guerra. Esa guadaña capaz de segar vidas, sentimientos y honores. Combatíamos en Madrid cuando descubrí que mi vientre guardaba una preciosa vida en su interior. En noviembre del 36, tu padre, porque Juan es tu padre, murió defendiendo nuestros sueños. Creí que no soportaría el dolor.

Tirso, que trabajaba en el hospital de la Ciudad Universitaria, cerca de las trincheras, decidió que estaríamos mejor en casa. Aquí la guerra había pasado de puntillas, tal vez aguardando las venganzas que siguieron a la victoria de los nacionales, aún peores que un campo de batalla. Ignoro cómo llegué, qué medios utilizó Tirso para salir de un Madrid sitiado y traerme al pazo. Tu vida era demasiado valiosa para correr el riesgo de perderla.

Tu abuelo no estaba, también él combatía por la República. Por suerte, mi querida hermana sí. La buena y dulce Cristina, mi niña pequeña, andaba ya enferma, demasiado enferma. Fue ella, hijo mío, quien nos salvó del

desastre organizado por Palmira: ella quería que te entregase al torno de un orfanato. Era poderosa, dueña de la situación, aliada de los vencedores... Y tú eras fruto de un amor prohibido. Yo apenas tenía fuerzas para sostenerme y se me iban los días en lágrimas.

Fue entonces cuando Cristina, mi dulce y enferma hermana, sacó fuerzas que ninguno le conocíamos:

—Será mío, mío y de Teodoro, será un hijo legítimo y nadie lo llevará a ningún hospicio.

El bueno de Teodoro, porque es bueno, hijo mío, y siempre te aceptó como el hijo que no tuvo con Cristina, estuvo de acuerdo. Jamás escuché un reproche de sus labios y temo que fui injusta golpeando mi rabia contra su dolor. Fue gracias a él que Palmira aceptó el trato.

Ya ves, los complicados caminos de la vida. Si Cristina hubiera sobrevivido a la tisis, nuestra vida habría sido otra, pero apenas tres meses después de tu nacimiento, tras levantarse para bautizarte con todos los honores de un hijo propio y evitar que Palmira pudiera tomar venganza sobre ti, se nos fue. Aún la recuerdo, pálida, con los ojos brillantes por la fiebre, sostenida por Teodoro y aferrándose a ti, sosteniéndote sobre la pila bautismal y dando tu nombre al cura. Mi buena Cristina.

El capitán no soportó su muerte. De no haber nacido tú, jamás habríamos vuelto a verlo. Te quiere, hijo mío, aunque el dolor de la guerra, de las tropelías e injusticias que hubo de presenciar en nombre de la sagrada victoria y, sobre todo, de la muerte de Cristina, lo hayan encerrado en ese mutismo grave y hosco. Con su presencia te defendió de Palmira.

Yo acepté las condiciones que me impuso: el encierro y no volver a verte. Tan sólo me permitió tenerte en el cuarto cercano. Viví pendiente de tus risas y tus llantos, apoyada contra la pared tras la cual te debatías entre los deseos por vivir y la tristeza por el abandono. ¡Si supieras!

Pero eso ahora importa poco. Has demostrado ser valiente, como tu padre, mi amor. La verdad puede ser un tajo, pero siempre resulta mejor su herida que la gangrena de las mentiras.

Volveré. Te lo juro. Volveré y llenaremos todo el tiempo robado con palabras, con abrazos, con risas...

Te quiero, hijo mío. Y ni te imaginas lo dulce que resulta llamarte hijo, aunque sólo sea en esta carta. Mientras, te regalo este poema, el mismo que

me regaló tu padre cuando le murmuré, feliz pese a la guerra, que esperaba un hijo. Es de un poeta gallego, Manuel Antonio:

*Noiva niña
Vestida de lúa
Que romantizas
¡tan cursi!
Polo xardín
Senteime a proa
Fumando a miña pipa
Pero outra noite pensaréi en ti.*

Algún día, te lo prometo, lo leeremos juntos.

Cuando Rogelio descubre toda su vida arropada entre la espesa red de una mentira tejida bajo sus pies y enroscada entre su piel, siente que se abren las puertas del purgatorio, que un incendio devasta los montes y una espada de hielo le parte el corazón para siempre mientras el tiempo, agarrotado por el veneno de la araña, se lanza vertiginoso tras un grito ensordecedor sólo escuchado por los ángeles. Nada ha cambiado en el pazo, ni una llama ha prendido en el bosque, ni una hoja ha caído de su rama, apenas ha transcurrido un instante irrelevante. Sin embargo, todo ha sido transformado.

Se han abierto las puertas del infierno: si logra atravesarlo encontrará los amores robados.

La vida, tras el golpe recibido, jamás logrará recomponerse en los contornos conocidos. A Rogelio le han mutilado el corazón de un zarpazo. Pero ¿quién no resulta mutilado en la tarea de vivir?

Un tajo. La verdad es un tajo. Y duele.

No puede llorar, le pesan los pies como plomo y no encuentra voz ni palabras que calmen sus vísceras abrasadas por el veneno de una mentira capaz de derrotar al más avezado de los espadachines.

Pasan las horas como nubes de tormenta. Nadie se mueve en el pazo.

Leal fuma pitillos de picadura jurando contra los dioses que han abandonado a sus criaturas y recuerda al comandante Luis que salvó su vida en la triste batalla del Ebro, ese que ahora controla la furia de Palmira.

Cándida desgrana el maíz sintiendo en cada grano el peso de una oración.

El viejo Luis llora en silencio todas las lágrimas que se prohibió durante años de derrota.

Palmira saborea la acidez de una derrota sin posibilidad de clavar su odio sobre un nuevo corazón.

Alucinado y triste, herido por la verdad, Rogelio no sabe si sueña o anda despierto. La luna ha entrado por el balcón donde ya no se asomará Josefina, «mama», murmura todo el cuerpo del chico.

«Mama, mama».

Y no consigue deshacer el nudo que ata el rostro en sepia de Cristina y el de Josefina sobre su cama de fiebre, del mismo modo que se fundían, en la pesadilla, los rasgos de Lagardere y el capitán Teodoro. Ha de defenderlas, a las dos, de un rostro aterrador vigilando sus espaldas. También a su amada Lisseta. Entonces, sin más testigos que la luna, Rogelio va en busca de su espada de madera —que ahora brilla como acero forjado por titanes—, regresa al ventanal y asumiendo la responsabilidad del héroe, adopta ese tono autoritario del hombre que se enfrenta al Universo por defender la justicia.

—¿Quién eres?

El mutismo envuelve la estancia.

—¿Qué quieres?

La lechuza permanece muda.

Ha formulado ya las preguntas terribles, la falta de respuestas inunda como gelatina sus huesos. El lobo regresa al monte tras haber herido el frágil cuello del muchacho. Lo sostiene en pie, con la espada en alto hiriendo la redondez blanca de la luna, la estaca de la angustia. Si la luna no sangra atravesada por la pavora del niño que hoy nace hombre, es tan sólo porque está hecha de pan. Pan de trigo.

—Volverán —murmura.

Necesita gritar y aún no lo logra, buscar el eco de su voz, se niega a morir, como Rubén en África por no haber logrado encontrar palabras al desgarrar. Aterido de impotencia, frente a la luna engarzada por su espada de madera, desea forjar un futuro diferente, libre de la gruesa red de mentiras.

—Volverán cuando la luna borre todas las mentiras —recita como en una oración.

En África se encontrarán, en ese continente dibujado con el rostro de Josefina, los besos de Lisseta; un continente cuyos caminos trazan los pasos de baile de su amada, donde Rubén encontrará la sonrisa de Imaina y el capitán Teodoro recobrará los brazos de Cristina.

«Si te pierdo, búscame en África».

Y para ese viaje no necesitará más cartas de navegación que esas palabras y los blancos pies de Lisseta bailando sobre las cartas marinas.

Antes de caer inconsciente y ser recogido por los brazos del abuelo, Rogelio lanza su único grito:

—¡Baila, Lisseta!

Luego murmura con la voz del niño que aún permanece en su interior: «Cuídala, mamá».

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).